

Historia y lógica del capital: el análisis de las temporalidades en Karl Marx

History and logic of capital: the analysis of temporalities in Karl Marx

Mario Domínguez Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

El capital es la lógica de la historia y la historia concreta de una lógica, por ello el capitalismo implica una organización conceptual del tiempo. El enfoque reflexivo e históricamente específico que ofrece Marx, aplicado a las diferentes categorías del tiempo, permite cuestionar cualquier teoría que establezca de manera trascendente lo que está históricamente determinado. Tomándose en serio el enfoque dialéctico, hallaremos tres formulaciones del tiempo en los libros de *El capital* y sus borradores: (1) el tiempo de la producción, una temporalidad abstracta y lineal, homogénea, que se presume debe ser calculable; (2) una temporalidad cíclica que abarca las distintas categorías del tiempo de circulación; (3) por último, una temporalidad orgánica que reúne la unidad del tiempo de producción y el tiempo de circulación, y es visible especialmente en las crisis.

PALABRAS CLAVE: marxismo, tiempo, historia, lógica, dialéctica, crisis

ABSTRACT

Capital is the logic of history and the history of a logic, therefore capitalism implies a conceptual organization of time. The reflective and historically specific Marx's approach, applied to different categories of time, allows challenging any theory that establishes like transcendent what is historically determined. Taking seriously the dialectical approach, we find three formulations of the time in the books of *Capital* and its drafts. (1) The time of production, an abstract, linear and

homogeneous temporality, presumed to be calculable. (2) A cyclical time that covers the different categories of circulation's time. (3) Finally, an organic time that joins the organic unity of the times of production and of circulation, visible in crisis.

KEY WORDS: Marxism, time, history, logic, dialectic, crisis

El capitalismo, como cualquier otro modo de producción, supone una organización específica del tiempo que obedece a sus propios criterios immanentes, lo cual significa que organiza la vida humana sin relación alguna con los individuos o sus necesidades reales. Existen varias nociones de tiempo destacadas por Marx en su estudio del capitalismo y que precisaban de una connotación a la vez lógica e histórica, puesto que el capitalismo es la lógica de su historia: la temporalidad lineal es la de la producción, mientras que la temporalidad cíclica es la de la circulación; las dos se unen en la temporalidad orgánica peculiar del capital. El movimiento inherente a esta triple estructuración presupone adoptar la perspectiva dialéctica gracias a la cual evitamos nociones intemporales y trascendentes; pero también logramos alcanzar una concepción difícil cual es la de la unidad paradójica. En efecto, el capital en general incluye tres momentos: producción, circulación y su unidad; pero los tres procesos de los cuales el capital constituye su unidad están separados en el tiempo y en el espacio. Como tal, la transición de uno a otro, es decir, su unidad en lo tocante a los capitalistas, es accidental. A pesar de su unidad interior, existen independientemente uno junto a otro, siendo cada uno de ellos el presupuesto del otro (Callinicos 2014: 116).

UNA TEMPORALIDAD INMANENTE Y REFLEXIVA

Si bien existe una corriente que cabe entender dominante de lo que Robert Kurz (2001) llama el marxismo exotérico (“el positivamente inclinado hacia el desarrollo inmanente del capitalismo” y propio de una teoría de la modernización positiva), a la que se une otra con especial incidencia basada en la interpretación althusseriana del trabajo de Marx en general y en particular de *El capital*, las consideraciones de este artículo van a resultar un tanto heterodoxas a esos modelos. Mientras que las variantes dominantes (exotéricas o althusserianas), al destacar la “ruptura epistemológica” entre los trabajos de su juventud y de su madurez, desearían ver a Marx “libre” de su “legado” hegeliano,

aquí se insiste en una lectura del autor de *El capital* que puede sonar excesivamente hegeliana. No se trata de negar las diferencias esenciales entre el trabajo juvenil de Marx y el de su madurez, sino de subrayar que la “ciencia” de *El capital* no deja de ser nunca una “ciencia alemana” (por utilizar una expresión del propio Marx), a saber, una ciencia que no opone la calidad a la cantidad, lo universal a lo particular, la esencia a la apariencia, la noción a la realidad empírica, la ley a la tendencia, la verdad a la contradicción, la filosofía a la economía, la crítica de la economía política a la economía política, la casualidad a la necesidad y la lógica a la historia. La “ciencia” alemana exige ante todo que la dialéctica hegeliana sea tratada con el respeto que se merece y que el propio Marx consideraba cuando denostaba a aquellos que consideraban a Hegel “un perro muerto”.¹ La dialéctica permite la heterodoxa idea de que el proceso de demostrar una teoría pueda generar nuevos conceptos es radicalmente incompatible con el modelo clásico de la ciencia (Callinicos 2014). Además, el modo dialéctico de presentación es el adecuado a su objeto: como crítica reflexiva e inmanente, el análisis marxiano afirma ser dialéctico puesto que muestra que su objeto lo es. También implica que conceptos tales como el fetichismo, la alienación, la cosificación, la falsa conciencia, etcétera –conceptos sin los cuales no es posible la inteligibilidad de las relaciones sociales capitalistas– se aborden como los demás de carácter económico. El mérito de Marx es haber rehabilitado lo “oscuro” y lo “místico” como momentos necesarios de la comprensión del mundo social, y al mismo tiempo integrarlos en una teoría de lo real que fuera racional y no mixtificada. Por último, también se insiste en utilizar los conceptos marxianos tal y como recomienda Moishe Postone (2006) nunca en términos que sean transhistóricamente válidos en todas las formaciones sociales, sino en tanto que poseen un carácter socialmente determinado, específico de la formación social capitalista. El giro hacia la especificidad histórica de las formas sociales estructurantes del capitalismo, por tanto, significa la especificidad histórica autorreflexiva de la teoría crítica marxiana.

Las categorías de los tres libros de *El capital* y de sus borradores (en especial los *Grundrisse*) consideran de manera diferente el tiempo. Las categorías del libro I (Marx 1975) obedecen a una temporalidad abstracta y lineal, homogénea, un tiempo que se presume debe ser calculable, mensurable; se trata del “tiempo de la producción”. Los criterios del libro II (Marx 1976) encajan en una temporalidad cíclica: las distintas categorías del “tiempo de circulación” se refieren a la

¹ Véase la relación con la filosofía, en especial con Hegel, la aportación de Étienne Balibar (2000). De gran interés y volcado en el ámbito de la crítica de la economía es el libro de Stavros Tombazos (1994).

realización del valor. Por último, el libro III (Marx y Engels 1976) es el volumen dedicado al carácter “orgánico” del capital, la unidad del tiempo de la producción y el tiempo de circulación, pero que también se perfila en las crisis.

El movimiento inherente a esta triple estructuración de *El capital* y su restitución presupone que, por una parte, nos tomamos en serio la perspectiva dialéctica y, por otra parte, que respetamos los requisitos conceptuales. Lo primero supone situarse en el terreno de la contradicción con el objetivo de producir una unidad contradictoria (es decir, no arbitraria) que respeta la “dialéctica de las formas”; lo segundo, que subordina la distinción entre esencia y fenómeno, considera a ambos por tanto como objetos lícitos de estudio, y establece que el capitalismo es precisamente una organización conceptual del tiempo.

El capitalismo, como cualquier otro modo de producción, supone una organización específica del tiempo que obedece a sus propios criterios. En efecto, el capitalismo aparece como una totalidad consumada y abierta, animada desde dentro por un “espíritu”; dicho brevemente, es una organización autónoma de temporalidades y ritmos, basada en la alienación generalizada. El tiempo social ya no tiene ninguna relación inmediata ni con el individuo ni con sus necesidades reales. El capital es una relación social viva dotada de su propia voluntad que organiza la vida humana según sus criterios inmanentes:

[L]a creación de mucho *disposable time* [*tiempo disponible*] –aparte el tiempo de trabajo necesario–, para la sociedad en general y para cada miembro de la misma (esto es, margen para el desarrollo de todas las fuerzas productivas del individuo y por ende también de la sociedad), esta creación de tiempo de no-trabajo, se presenta desde el punto de vista del capital, al igual que en todos los estadios precedentes, como tiempo de no-trabajo o tiempo libre para algunos. El capital, por añadidura, aumenta el tiempo de plustrabajo de la masa mediante todos los recursos del arte y la ciencia, puesto que su riqueza consiste directamente en la apropiación de tiempo de plustrabajo; ya que su *objetivo es directamente el valor*, no el valor de uso. De esta suerte, *malgré lui* [pese a todo], *is instrumental in creating the means of social disposable time* [*sirve de instrumento para crear las posibilidades del tiempo social disponible*] para reducir a un mínimo decreciente el tiempo de trabajo de toda la sociedad y así, volver libre el tiempo de todos para el propio desarrollo de los mismos. Su tendencia, empero, es siempre por un lado la de *crear disposable time, por otro la de to convert it in to surplus labour* [convertirlo en plustrabajo] (Marx 1978, vol. 2: 231-232).

EL TIEMPO DE LA PRODUCCIÓN: DEL CRONÓMETRO A LA LINEALIDAD
ABSTRACTA NO MESURABLE

LA JORNADA DE TRABAJO

Por el momento, creemos que es esencial recordar que estamos en presencia de una temporalidad que sólo conoce el presente (trabajo vivo) y el pasado (trabajo realizado en forma de capital constante). Esta temporalidad, es, por lo tanto, lineal. En principio, la forma más simple de consideración del tiempo productivo es la que señala ese tiempo lineal. Es Marx quien dice que:

Supongamos que la línea $a \text{ --- } b$ representa la duración o extensión del tiempo de trabajo necesario, digamos 6 horas. Según se prolongue el trabajo más allá de a b en 1, 3 ó 6 horas, obtendremos las tres líneas siguientes,

Jornada laboral I: $a \text{ --- } b \text{ _ } c$

Jornada laboral II: $a \text{ --- } b \text{ --- } c$

Jornada laboral III: $a \text{ --- } b \text{ --- } c$

que representan tres jornadas laborales diferentes, de 7, 9 y 12 horas. La línea de prolongación $b \text{ _ } c$ representa la extensión del plus trabajo (Marx 1975: 277-278).

Estas tres líneas muestran, en primer lugar, la flexibilidad de la jornada laboral. Dicha flexibilidad es relativa, es decir, el tiempo de trabajo sólo varía dentro de ciertos límites. La prolongación de la jornada de trabajo produce plusvalor absoluto. Si se asume, por el momento, que AB tiene una longitud constante, es evidente que en el marco de la producción capitalista BC lógicamente debe ser mayor que cero. No obstante, es imposible determinar con rigor este límite mínimo, y existe además un límite máximo. El trabajador no puede trabajar 24 horas al día, porque esto es fisiológicamente imposible. Entre estos dos extremos, es posible toda variación en la duración de la jornada de trabajo, siendo el principio que rige dicha variación es la divergencia de intereses entre las clases sociales y sus respectivas fuerzas. Para Marx este equilibrio de fuerzas no se sitúa fuera de la relación de explotación, más bien dicha relación constituye uno de sus principios reguladores esenciales.

Algunas lecturas superficiales de *El capital* creen que para Marx existe una clara y nítida distinción entre la “base” y la “superestructura”, a la que atribuyen una excesiva autonomía o, peor aún, creen que se ve determinada por la base de una forma mecánica. Pero se puede comprobar que esta famosa “superestructura” – ley, reglamento, representación– penetra en la esfera íntima del modo de

producción capitalista,² es su “ciudad prohibida”, el “sótano secreto” de la producción, en suma, desempeña un papel activo y decisivo en la regulación de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo. En realidad no podemos ver qué misteriosa fuerza misteriosa jurídico–institucional supone este “edificio” que está asentado sobre una “base económica”. Dicho de otro modo, para las relaciones sociales de producción este “edificio” constituye, al mismo tiempo, su base. El capitalismo sin igualdad jurídica abstracta, sin sus leyes y su moral, sus ilusiones y sus reglas del juego, su policía y su Estado, o bien es una esfera imaginaria o bien no es capitalismo.

Hablando de la determinación de la jornada de trabajo, Marx escribe sobre los límites “morales”. El mero uso de este término demuestra que las nociones de “base” y “superestructura” deben utilizarse, ya que Marx no concibe una apropiación “inocente” de los usos lingüísticos. Esta “moralidad” es el producto de una doble negación. Existe una tendencia inmanente del capital a prolongar el tiempo de trabajo excedente hasta alcanzar los límites fisiológicos de la jornada: es la tendencia a ampliar temporalmente la negación del individuo que se convierte, en la esfera de la producción, tanto en mercancía consumible como en instrumento de un organismo ajeno. Pues bien dichas tendencias se ven frustradas, moderadas y negadas por la reacción de la clase obrera que obtiene la legitimidad de su lucha tanto en la esfera de la circulación como de la producción. La violencia resultante de este conflicto es el fundamento de una “moralidad” que, de otra forma, constituye a menudo la reglamentación y la ley. Este “edificio”, pues, desempeña un papel activo, decisivo y esencial en el desarrollo del capitalismo; no se ve determinado por la relación social, sino que se incorpora a ella.

Lo que es sorprendente acerca del modo de producción capitalista no es que cambie, sino que se mantenga a pesar de la evolución de la misma. La flexibilidad del horario de trabajo es, sin la menor duda, uno de los temas más importantes de la actual crisis económica. Marx analizó las ventajas de esta flexibilidad del capitalismo hace un siglo y medio:

² La “superestructura” penetra en la esfera de la producción. Esta última, por su parte, no sólo produce valor y plusvalor, sino que también participa en la producción de las representaciones y la ideología que son igualmente esenciales para el correcto funcionamiento del sistema. Como Marx indica, en el modo de producción capitalista “el excedente de trabajo y el trabajo necesario se fusionan entre sí”; la mercancía oculta el excedente del tiempo de trabajo, mientras que la prestación personal servil (la obligación de trabajar gratuitamente en las tierras del noble o señor feudal) indica a las claras lo que es (Marx, 1975: 283-284)

El capital constante, los medios de producción, si se los considera desde el punto de vista del *proceso de valorización*, sólo existen para absorber trabajo, y con cada gota de trabajo *una cantidad proporcional de plustrabajo*. En la medida en que no lo hacen, su mera existencia constituye una *pérdida negativa* para el capitalista, pues durante el tiempo que permanecen inactivos representan un adelanto inútil de capital, y esta pérdida se vuelve *positiva* no bien la interrupción hace necesarios gastos adicionales para que se pueda reanudar el trabajo. *La prolongación de la jornada laboral más allá de los límites del día natural, hasta abarcar horas de la noche*, sólo actúa como paliativo, mitiga apenas la sed vampiresca de sangre viva de trabajo. Apropiarse de trabajo durante todas las 24 horas del día es, por consiguiente, la tendencia inmanente de la producción capitalista. Pero como es físicamente imposible explotar *las mismas* fuerzas de trabajo día y noche, continuamente, se requiere, para superar ese obstáculo físico, *alternar* las fuerzas de trabajo consumidas durante el día y durante la noche. Esta alternancia admite diversos métodos (Marx 1975: 308-309).

Si hay una necesidad, se trata de la necesidad del capital de ser provechosamente utilizada frente a cualquier necesidad “social”. El progreso del capital y el progreso social son pues dos cosas completamente diferentes y a menudo opuestas. Marx también conocía esto muy bien:

Pero en su desmesurado y ciego impulso, en su hambruna canina de plustrabajo, el capital *no sólo* transgrede *los límites morales, sino también las barreras máximas puramente físicas de la jornada laboral*. Usurpa el tiempo necesario para el crecimiento, el desarrollo y el mantenimiento de la salud corporal. Roba el tiempo que se requiere para el consumo de aire fresco y luz del sol. Escamotea tiempo de las comidas y, cuando puede, las incorpora al proceso de producción mismo, de tal manera que al obrero se le echa comida como si él fuera un medio de producción más, como a la caldera carbón y a la maquinaria grasa o aceite. Reduce el sueño saludable [...] El capital no pregunta por la *duración de la vida de la fuerza de trabajo*. Lo que le interesa es únicamente qué máximo de fuerza de trabajo se puede movilizar en una jornada laboral (Marx 1975: 319-320).

Y más adelante:

Al reclamo contra la atrofia física y espiritual, contra la muerte prematura y el tormento del trabajo excesivo, responde el capital: ¿Habría de atormentarnos ese tormento, cuando acrecienta nuestro placer (la ganancia)? (*Ibid.*: 325).

“Muerte prematura”, “degradación física”, etc., son expresiones que sin duda pueden dar lugar a comentarios irónicos. Se argumenta que, una vez desarrollado el capitalismo moderno, deja de ser tan inhumano; sin embargo, la radical separación entre el progreso económico y social no ha sido nunca tan evidente como en nuestro tiempo actual. La era de la micro-electrónica parece ser perfectamente compatible, por no decir inseparable, de la nueva pobreza en el mundo desarrollado. En las condiciones actuales, dicha separación persiste con una renovada flexibilidad laboral: los horarios flexibles de una vida dúctil sólo pueden conducir a una reducción del control ejercido por el trabajador en su tiempo libre y a un aumento del desempleo y la precariedad.

EL MOMENTO DEL PLUSTRABAJO O EL PLUSVALOR RELATIVO

El plusvalor relativo puede distinguirse del plusvalor absoluto por las modalidades que rigen el aumento del tiempo de plustrabajo. El primero no proviene de la extensión de la jornada laboral, sino más bien de la reducción del tiempo de trabajo necesario. Por lo tanto, estamos tratando con una jornada laboral cuya longitud se supone fija, pero cuyos elementos constitutivos son variables. Un aumento en la productividad del trabajo significa un aumento de la producción material sin una extensión del tiempo de trabajo o si se prefiere, ahorro de tiempo. No es de extrañar, pues, que el principio rector de la sección cuarta del libro I de *El capital*, dedicada a la producción del plusvalor relativo, no sea otra cosa que el ahorro del tiempo de trabajo y su costo social en el capitalismo, aspecto que caracteriza toda la gestión empresarial y la organización científica del trabajo hasta nuestros días.³

En primer lugar, en relación con el ahorro de tiempo de trabajo cabe tomar nota de las economías de escala. La concentración de varios trabajadores bajo el mismo techo da lugar a un obvio aumento en el valor del capital constante. En segundo lugar, la cooperación conlleva un ahorro de tiempo de trabajo debido a la simultaneidad espacial de las tareas productivas. El mismo número de trabajadores durante el mismo tiempo laboral permite lograr los mismos fines productivos, más rápidamente cuando trabajan uno al lado del otro con un propósito común, a diferencia de cuando trabajan de manera consecutiva. La

³ Lo que sigue sorprendiendo del análisis marxiano es la descripción detallada de ciertos fenómenos y sus análisis teóricos en un momento en que todavía existía en una etapa embrionaria. No es exagerado afirmar que los principios de la organización del trabajo, que más tarde iba a ser declarada “una ciencia” ya están presentes y analizadas en *El capital*.

productividad de la fuerza de trabajo combinado es, pues, superior a la suma de las productividades separadas.

Esta *economía en el empleo de los medios de producción* deriva únicamente de su *consumo colectivo en el proceso de trabajo de muchos*. Y asumen ese carácter, como *condiciones de trabajo social* o *condiciones sociales del trabajo*—por oposición a los medios de producción dispersos y relativamente costosos de trabajadores o pequeños patrones independientes y aislados—, incluso cuando esos muchos solo trabajan espacialmente juntos y no en equipo. Una parte de los *medios de trabajo* adquiere ese *carácter social* antes de que lo adquiera el *proceso laboral mismo* (Marx 1975: 395).

Como fuerza de trabajo, el trabajador colectivo es más que la suma de los trabajadores individuales. La fábrica es el lugar donde comienza a desarrollarse la fragmentación del proceso productivo, siendo el ahorro de tiempo del trabajo necesario y el desarrollo de las habilidades específicas las dos caras de la misma moneda.

Para la misma operación productiva el trabajador fragmentado utiliza menos tiempo que el artesano para quien esta operación era sólo una entre muchas otras. La transición de una operación a otra implicaba a veces que el artesano se desplazara a otro lugar y cambiase de instrumentos. En ambos casos eso significa una interrupción en el proceso laboral. La condena del trabajador a la repetición de la misma operación específica elimina los poros de la jornada de trabajo y aumenta la intensidad de la mano de obra: se amplía el tiempo por su intensidad. El trabajador fragmentario, que ejecuta una y otra vez el mismo y simple acto productivo, desarrolla hasta el punto de la perfección la habilidad específica requerida, de tal manera que se obtiene el efecto deseado de gastar menos la fuerza de trabajo. El tiempo de la fábrica se caracteriza así por una multiplicación/ especialización de la fuerza de trabajo, así como de las herramientas adaptadas a las condiciones creadas por la fragmentación productiva, lo cual conlleva una reducción adicional en el valor de la fuerza de trabajo.⁴

⁴ En la fabricación ya se puede observar el radical divorcio entre el progreso económico y el progreso social, y cuando se examina la división del trabajo en el taller, el progreso económico y social se presenta no solamente por separado, sino en absoluta oposición. No hay pues una necesidad imperiosa ni fuerza metafísica llamada “progreso” que linealmente conduzca al reino de la libertad; sería una grave injusticia

La división del trabajo en la fábrica se planifica de tal forma que las distintas actividades productivas están en equilibrio. La cantidad de tiempo de trabajo necesario para tal actividad se determina, por tanto, antes de que comience la producción. La palabra “necesario” en la frase anterior no es contradictoria. Las leyes que rigen la distribución del tiempo de trabajo en la fabricación son, pues, diferentes de las leyes que rigen la división social del trabajo. Marx hace uso de esta observación para aclarar un aspecto importante de la ley del valor. Su aclaración confirma nuestra interpretación de la ley:

[L]a *ley del valor* de las mercancías determina qué parte de todo su tiempo de trabajo disponible puede gastar la sociedad en la producción de cada tipo particular de mercancías. Pero esta tendencia constante de las diversas esferas de la producción a ponerse en equilibrio, solo se manifiesta como reacción contra la constante abolición de dicho equilibrio. La norma que se cumplía planificadamente y *a priori* en el caso de la división del trabajo dentro del taller, opera, cuando se trata de la división del trabajo dentro de la sociedad, solo *a posteriori* (Marx 1975: 433).

Lo que está en juego en la producción tiene que ver con el ahorro y el control del tiempo. A partir de la fragmentación del trabajo, surge una mayor organización y eficiencia del trabajo. El empobrecimiento intelectual del trabajador aparece como una propiedad intelectual de la producción capitalista. Debido a que “[S]ea cual fuere la proporción de plusvalor que el productor capitalista retenga para sí mismo o ceda a otros, es siempre él quien se lo apropia en primer término” (Ibíd.: 692), la propia fuerza de trabajo individual retiene su capacidad a menos que haya sido vendido al capital. En otras palabras, el control del conocimiento y el control de tiempo son una y la misma cosa, por ello el tiempo del trabajador ya no le pertenece. Esto no es, como al principio a través de la expropiación de los medios que suponía la política de los cercamientos, porque el trabajador carezca de los medios materiales de producción, sino porque ahora su capacidad de trabajo se convierte en una pieza dentro del sistema cronometrado de fabricación de la fábrica capitalista. Sin embargo, este sistema cronometrado dita mucho de ser perfecto. El oficio, aunque fragmentado, sigue siendo la base de la manufactura: “Como la *destreza artesanal* continua siendo la base de la manufactura y el mecanismo colectivo que funciona en ella no posee un esqueleto *objetivo*, independiente de los obreros mismos, el capital debe luchar sin pausa contra la insubordinación de éstos” (Ibíd.: 447-448).

con Marx el hecho de confundir su (a veces excesivo) optimismo con una especie de determinismo mal entendido cuando analiza la jornada laboral.

LA GRAN INDUSTRIA COMO UN SISTEMA DE FABRICACIÓN CRONOMETRADA

Si la mera cantidad de trabajo funciona como una medida de valor, con independencia de la calidad, ello presupone que el trabajo simplificado se ha convertido en el eje de la industria y que el trabajo se ha uniformizado, bien por la subordinación del individuo a la máquina, bien por la división extrema del trabajo.

Ese hecho supone que los diferentes trabajos son igualados por la subordinación del hombre a la máquina o por la división extrema del trabajo; que el trabajo desplaza la personalidad humana a un segundo plano; que el péndulo ha pasado a ser la medida exacta de la actividad relativa de dos obreros, como lo es de la velocidad de dos locomotoras. Por eso, no hay que decir que una hora de trabajo de un hombre vale tanto como una hora de otro hombre, sino más bien que un hombre en una hora vale tanto como otro hombre en una hora. El tiempo lo es todo, el hombre no es nada; es, a lo sumo, la cristalización del tiempo. Ya no se trata de la calidad. La cantidad lo decide todo: hora por hora, jornada por jornada; pero esta nivelación del trabajo no es obra de la justicia eterna del señor Proudhon, sino simplemente un hecho de la industria moderna (Marx 2010: 34).⁵

La división y subdivisión del trabajo en la fábrica, la reducción de la habilidad artesana tradicional a gestos simples y repetitivos, y la especialización de las herramientas de trabajo, todo ello fomentará el desarrollo de la máquina-herramienta que logra reproducir los “gestos” manuales productivos pero a una velocidad mucho mayor. En primer lugar, era necesario mecanizar el trabajo, es decir, homogeneizar y regularizar el trabajo individual y transformarlo en un tiempo más o menos mensurable y abstracto, cualitativamente idéntico, con el fin de someter los ritmos de trabajo al ritmo de la máquina en una etapa

⁵ Entre otras cosas, Marx habla en el pasaje anterior del “péndulo” del reloj, lo que nos hace recordar que la máquina de vapor, el símbolo de la gran industria, es el resultado directo de los progresos en la medida del tiempo. Mediante el trabajo en el mecanismo del reloj Christian Huygens concibe, a finales del siglo XVII, el pistón accionado a vapor que estará totalmente desarrollado por su alumno Denis Papin a comienzos del siglo XVIII. A partir del pistón hasta la máquina de vapor hay varias etapas intermedias que se prolongan a lo largo de período de tres cuartos de siglo, de modo que sólo a finales del siglo XVIII James Watt, en colaboración con el relojero John Wilkinson, culmina realmente el proceso con el motor a vapor. Sobre estos aspectos, véase Alfred Sohn Rethel (2017).

posterior. En otras palabras, es en la fábrica donde el capital entendido ahora como sujeto se convierte en una realidad completa. Es precisamente en este lugar donde la “hora” del trabajador aparece como una cosa común cuyo valor se mide en términos del tiempo durante el cual opera. El capital es parte de esta imagen como la fuerza intelectual de la producción, como una ciencia integrada en el autómeta, como un reloj reglamentario de la vida industrial que impone la disciplina del cuartel. Y las consecuencias son inmediatas. Marx ve en la máquina un formidable instrumento para prolongar la jornada de trabajo:

Si bien las máquinas son el medio más poderoso de acrecentar la productividad del trabajo, esto es, de *reducir el tiempo de trabajo* necesario para la producción de una mercancía, *en cuanto agentes del capital* en las industrias de las que primero se apoderan, se convierten en el medio más poderoso de *prolongar* la jornada de trabajo más allá de todo límite natural (Marx 1975: 490-491).

La máquina pierde su valor no sólo cuando funciona de manera improductiva, sino también durante las pausas en el proceso productivo. Cuanto más activamente opera la máquina, más rentable es. Más aún, cuanto más presente esté la máquina en la esfera productiva, más riesgo existe que su valor disminuya más rápido que el ritmo en que su valor de uso se desgasta: el valor de una máquina no está determinado por el tiempo que fue necesario para su producción, sino por el tiempo que es preciso para que produzca. El progreso técnico deprecia el valor del capital, y este es el punto a partir del cual la necesidad de capital para ser consumida productivamente aparece de inmediato.

La extensión de la jornada de trabajo permite un aumento de la masa del plusvalor o de la masa de beneficios sin que se incremente proporcionalmente el valor invertido en el capital constante (el capital fijo pueden permanecer sin cambios). El día de trabajo regulado, o la legislación relativa a la duración del tiempo de trabajo, proviene directamente de la reacción social contra el progreso económico. Una vez que la jornada de trabajo se limita dentro de unos confines jurídicos, se alienta la tendencia hacia la intensificación del trabajo.

Marx distingue entre los conceptos de “productividad” (en el sentido estricto del término) y la “intensidad” de la mano de obra. El trabajo concreto y particular puede ser más o menos productivo, pero el trabajo abstracto y general es indiferente respecto a su productividad. En tal caso sólo puede ser más o menos extensa e intensa: estas determinaciones pertenecen a la categoría de la cantidad. La “calidad” del trabajo abstracto es precisamente que carece de “calidad”. Por lo

tanto, no es de extrañar que la reducción del tiempo de trabajo lleva de inmediato a la tendencia a su intensificación. Lo que se pierde en el tiempo absoluto, en el tiempo de reloj, debe recuperarse mediante la intensificación de la jornada legal. Es evidente que, en condiciones *ceteris paribus*, el trabajador de una hora densa vale más que el trabajador de una hora porosa. Pero sólo se puede identificar el grado de intensidad del trabajo en referencia a un supuesto punto fijo: el promedio de intensidad del trabajo. Punto medio que es mayor o menor en función de la evolución de las intensidades particulares.

Ya que el tiempo de trabajo y su control constituyen el principal problema en la fábrica, se impone la disciplina cuartelera y un sistema de oficiales y suboficiales se convierte en los subalternos vitales de este sistema de fabricación cronometrada. El ahorro de tiempo de trabajo, su extensión y su intensificación ya estaban presentes en la fábrica como una necesidad técnica antes de mostrarse como una ley coercitiva externa. El tiempo homogéneo y abstracto del reloj impuso su ley mucho antes que el cronómetro de Taylor. En la fábrica, “es el autómatas mismo el sujeto, y los obreros solo se *coordinan* como órganos conscientes anejos a los órganos inconscientes de aquel, quedando *subordinados* con estos a la fuerza motriz central” (Marx 1975: 511). Mucho antes que Henry Ford, que la electricidad y la mecánica de la línea de ensamblaje, el péndulo del reloj y los ajustes de la máquina de vapor, anuncian el período moderno. Los principios están ahí, el resto es simplemente el progreso técnico.⁶

El cronómetro náutico –un instrumento vital del auge del comercio internacional y la revolución industrial, cientos de los cuales fueron fabricados a partir de 1790 en Inglaterra–, es un instrumento simbólico de este tiempo matemático. Attali escribe que el cronómetro náutico da un nuevo significado a la medida del tiempo y permite el desarrollo de una manera racional y separada de la experiencia empírica del mundo, cercano al de los marineros: “con el cálculo del punto de referencia, el tiempo y el espacio se convierten en un lenguaje matemático. Este espacio, que se divide en cuadrados desenmascara el mundo, lo revela y desmitifica. El cálculo y ya no el poder: la medida del tiempo,

⁶ Véase al respecto la trilogía de Benjamin Coriat, *El taller y el cronómetro*, *El taller y el robot*, y *Pensar al revés*, que consideran el cambiante estado de la relación de fuerza entre clases tanto en el taller como en la sociedad como la base de comprensión de los métodos de medición de tiempos y movimientos que instauran los diversos modos de organización “científica” del trabajo; los cuales aparecen como la avanzadilla de un ataque dirigido, no contra el “trabajo” en general, sino contra la *forma organizada* y combativa de la clase obrera: *el obrero profesional de “oficio”* y su sindicato.

abre el camino a su valorización” (Attali 1982). Algo parecido había planteado tiempo atrás Georg Lukács:

El tiempo pierde así su carácter cualitativo, cambiante, fluido: se inmoviliza en un *continuum* exactamente delimitado, cuantitativamente conmensurable, lleno de «cosas» cuantitativamente conmensurables (los «trabajos realizados» por el trabajador, cosificados, mecánicamente objetivados, separados con precisión del conjunto de la personalidad humana): en un espacio. Sumergidos en este tiempo abstracto, exactamente conmensurable, el tiempo convertido en el espacio de la física, y que al mismo tiempo es una condición, una consecuencia de la producción especializada y descompuesta de manera científicamente mecánica del objeto y de trabajo, los sujetos también tienen que ser descompuestos racionalmente de una manera correspondiente (Lukács 1970: 117).

La teoría de Lukács se basa en la idea de que, en el mundo de los valores mercantiles, los sujetos mismos son evaluados y por consiguiente transformados en “cosas”, lo que expresa el término de reificación o cosificación, que en Marx no cumplía ese papel. Marx había dicho que las relaciones entre mercancías (equivalencia, precio, intercambio) están dotadas de autonomía, y que de ese modo llegan no sólo a sustituir las relaciones personales, sino a representarlas. Lukács, por su parte, combina dos ideas diferentes. En principio, la de que la objetividad mercantil –la de las categorías económicas y las operaciones a las que dan lugar– es el modelo de toda objetividad y en particular de la objetividad “científica” en el mundo burgués, lo que permitiría comprender por qué las ciencias cuantitativas de la naturaleza (la mecánica, la física) se desarrollan en la época moderna al mismo tiempo que se generalizan las relaciones mercantiles.

EL TIEMPO DE PRODUCCIÓN EN SU HISTORIA

La complicación de esta consideración del tiempo de producción llega cuando se trata de explicar cómo para Marx, aun considerándolo lineal, no obstante deja de ser mensurable. Para ello, vamos a considerar en primer lugar qué características *específicas e inmanentes* posee ese tiempo de la producción en el proceso productivo del capitalismo. Ya en el primer párrafo de *El capital* nos encontramos una declaración de intenciones que inicia la crítica del espacio epistemológico de la economía política. La riqueza de las sociedades capitalistas que promete ser una “inmensa acumulación de mercancías” es un mito interesado. El punto de partida es esta totalidad indiferenciada cuya forma

elemental es la mercancía, pero semejante estrategia no es gratuita: se trata de un concepto que (al igual que la ley del valor) se encuentra desarrollada por completo tan sólo en el capitalismo y constituye una definición fundamental de esta formación social; como nos recuerda Moishe Postone:

[E]l análisis de la mercancía con el que Marx comienza su crítica es un análisis de una forma social históricamente específica. Prosigue tratando la mercancía como un tipo de práctica, estructurada y estructurante, que es la determinación primera y más general de las relaciones sociales de la formación social capitalista. Si la mercancía, como forma general y totalizante, es la “forma elemental” de la formación capitalista, su investigación debería revelar las determinaciones esenciales del análisis del capitalismo (Postone 2006: 145).

El valor de la mercancía no es el “trabajo” medido en tiempo, sino una organización específica del tiempo que obedece a su propia lógica inmanente. En este punto el enfoque marxiano difiere radicalmente de todos los formalismos de carácter cuantificador: Marx percibe la realidad económica a partir de su lógica y ésta no se reduce al lenguaje limitado de la cantidad mensurable, ya sea con el lenguaje de ayer o el de hoy. Debido a esta perspectiva inicial, la lógica de *El capital* es del todo ajena a un mero ejercicio de taxonomía o de construcción clasificatoria de la realidad, y por ello mismo –entre otras cosas– la “taxonomía” no elimina la arbitrariedad subjetiva.

Dicha arbitrariedad que recubre violentamente las realidades tiene como resultado que estas se encuentren bloqueadas por la inmovilidad artificial: “Todo es una economía de tiempo”. Tal es la razón por la que la lógica del capital es la lógica de una organización específica del tiempo. A partir del tiempo de trabajo, cuya forma es el valor, el concepto de valor posee el triste privilegio de cuestionar a las entidades que atraviesa.⁷ La circulación simple se contradice a sí misma; pero esta contradicción no es un error, más bien una verdad parcial que

⁷ En el análisis del valor, que es el punto de partida de Ricardo, hay un término ausente. En el primer capítulo del libro I de *El capital* Marx restablece ese término ausente: “La sustancia del valor y la medida de valor están ahora determinadas. Queda analizar la forma del valor.” (Marx 1975: 98, nota 32). Este trabajo es el que Ricardo no hizo; se contentó con volver a la unidad. La disolución de las formas fijas de la riqueza es para él la solución del problema de valor. Al contrario, el planteamiento de Marx, como lo indica Engels en el prefacio del libro II (Marx 1976), consiste en ver en esta solución un *problema*.

sirve como punto de partida. Así pues, las contradicciones que determinan los cambios históricos, por un lado, y el movimiento conceptual de la presentación lógica de los conceptos, por el otro, no son de la misma naturaleza. Lo veremos más adelante en el epígrafe sobre el tiempo lógico e histórico.

La “contradicción” podría también no designar nada más que la eficacia propia de la estructura. El espacio de la representación de la estructura es un espacio de la contradicción donde los objetos no son objetos, donde las relaciones unen cosas que no tienen ninguna relación entre ellas, etc. La existencia de la contradicción aparece así como la existencia misma de la estructura. De este modo, es preciso que demos al concepto de contradicción tal como Marx lo utiliza en la primera sección de *El Capital* un valor puramente *indicial*. Marx piensa con los conceptos hegelianos de contradicción y desarrollo de la contradicción algo radicalmente nuevo de lo que llega a formular el concepto: el modo de acción de la estructura en tanto que modo de acción de las relaciones de producción que la gobiernan.⁸

Por lo tanto, el valor o el capital transforman sus propias contradicciones en el eje conductor de su movimiento conceptual y su evolución histórica. La contradicción, o el error, no siempre son de la misma naturaleza. Así por ejemplo, la contradicción interna del tiempo de trabajo socialmente necesario es un “error” de la producción capitalista, como lo son las crisis de sobreproducción. Se trata de la verdadera contradicción de una economía desequilibrada que debe afirmarse como tal.

Y es que, en efecto, el tiempo de trabajo, su organización y la asignación de las distintas actividades productivas, aparecen en Marx como una suerte de ley económica presente en las más diversas formaciones sociales. *El capital* comienza con un análisis del proceso de la circulación simple del capital, en la medida en que la circulación simple constituye un momento del tiempo productivo. La mercancía, como determinación históricamente realizada y parte de un organismo vivo, que es el capital, constituye en su simplicidad inmediata la evidencia de un tiempo de trabajo que es diferente de la experiencia humana del tiempo. Se trata de una “abstracción de lo real”, una noción viva, una

⁸ Otra forma de expresarlo es la que manifiesta M. Postone (2006: 159): “La crítica marxiana asienta esta posibilidad en el carácter contradictorio de sus categorías, que supuestamente expresan las estructuras relacionales esenciales de su universo social y, simultáneamente, abarcan las formas del ser social y de la conciencia. La crítica es, pues, inmanente en otro sentido: mostrar el carácter no unitario de su propio contexto permite a la crítica dar cuenta de sí misma como una posibilidad inmanente a aquello que analiza.”

racionalidad social autónoma que escapa del control humano consciente. Este tiempo se manifiesta en el dinero cuya forma natural es probable que lo represente. En el libro I de *El capital*, parece que este tiempo de trabajo abstracto se ve sometido al lenguaje de la cantidad. En cierto modo esto es así realmente, ya que el momento de la producción y la circulación deben complementarse para que se pueda pasar al tiempo del trabajo abstracto y captar sus contradicciones implícitas, que están presentes desde el principio. La mercancía no es una relación simple y menos aún una cosa, sino que es todo un mundo económico complejo y contradictorio. En el comienzo ya existe la idea de cuál va a ser su final; en la mercancía ya reside el concepto del capital. Por otra parte, el valor no pertenece al mismo orden que la noción de cantidad, por lo que escapa de los métodos establecidos de medición utilizados por las denominadas ciencias exactas. El tiempo de trabajo socialmente necesario no es en este sentido una cantidad, sino una “relación”, un principio de regulación. Sólo se puede cuantificar mediante el efecto de una diferencia que se manifiesta en aquel; contiene una contradicción que ha de ser postulada como tal, una contradicción real e inherente a una economía que no se basa en el equilibrio.

Toda economía política es una economía del tiempo y, en consecuencia, implica por tanto que el tiempo es un hecho evidente “ya dado”. Ahorrar tiempo significa no sólo guardarlo, sino ante todo organizarlo. Lejos de funcionar como un referente invariable, el tiempo de trabajo “socialmente necesario” es en sí mismo histórico, fluctuante y flexible, como un instrumento de medición que varía junto con el objeto medido.

El tiempo de trabajo socialmente necesario es el requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo (Marx 1975: 48).

El capitalismo, pues, implica una organización conceptual del tiempo. No es ni una cosa ni una simple relación social, sino una racionalidad viviente, la “idea inmediata” de la economía, en un sentido hegeliano, la “abstracción *en proceso*”, como Marx escribe en varias ocasiones. El capitalismo es la lógica de su historia. Entre las leyes de la lógica abstracta –inmanentes al desenvolvimiento de la racionalidad económica– y el tiempo histórico, no existe una relación separada, sino una relación de comunicación recíproca y de impregnación. El capitalismo se produjo según formas históricas concretas, formas políticas y económico-institucionales específicas, que periódicamente entran en crisis y/o evolucionan a

pasos agigantados. A través de las fluctuaciones de la tasa de ganancia y de las crisis, el capital proporciona “un ritmo” a la historia y la dirige, orienta su trayectoria sin una predeterminación mecánica, y disminuye la casualidad sin eliminarla. La historia del capitalismo carece por entero de algo así como un destino manifiesto. Las grandes crisis son los momentos en los que el tiempo homogéneo de la historia se ha visto interrumpido; son los eventos llenos de probabilidades y posibilidades, aunque estén contenidos en el despliegue del capitalismo. El tiempo futuro está contenido en el pasado, pero no se deduce necesariamente de él.

Como nos recuerda Marx, el capitalismo es la historia de una transformación de las fuerzas productivas materiales sin equivalente en formas económicas anteriores. Es también la más radical separación entre progreso económico por un lado (tecnología, conocimiento científico, y otros aspectos semejantes) y el progreso social por otro. El primero es compatible con, si no inseparable de, los períodos de regresión social, el desprecio por lo humano y la humillación de la humanidad. El progreso económico parece ser el portador de un organismo social alienígena, o más bien un engranaje de mecanismos incontrolables. Las “leyes de la razón” y la “historia” no están mediadas por un ser humano con “libre albedrío”, más bien la razón objetiva de la economía asume el papel de una fuerza hostil que se interpone en el camino del individuo y de la sociedad. Las relaciones sociales, ahora ya autónomas y dotadas de una voluntad propia, esclavizan al ser humano cuyo papel se reduce al de espectador impotente del acontecer social que a la vez es y no es suyo. Reducido a la abstracción del tiempo de trabajo, el trabajador está sometido a la auto-organización de los ritmos vitales del capitalismo, a los cronómetros de la producción y a las arritmias de las crisis. La sociedad es ajena a lo singular de la persona, incluso el individuo es ajeno a sí mismo.

Naturalmente, el valor no se reduce a sí mismo en este proceso productivo, ni se puede comprender atrapado en su mera determinación antropológica. Es un proceso teleológico que se encuentra en una etapa particular de su implementación, un objetivo final “interno” que organiza la vida productiva entera. Aspectos como el trabajador (convertido en fuerza de trabajo) y los elementos materiales de la producción, la reducción de tiempo de trabajo tanto pasado y presente (capital constante, capital variable), se convierten en los órganos del valor en tanto éste se genera, se valora y se multiplica. Así pues, los elementos como el capital constante y el capital variable, el plusvalor, etc. no son sino especificaciones de un tiempo lineal y abstracto, que demuestran ser nociones insuficientes, incapaces de sostenerse por sí mismas. Ello se debe a que

el capital, como cualquier otro organismo viviente, no puede ser entendido como un objeto compuesto de varias partes vinculadas entre sí por relaciones externas complementarias.

TRABAJO ABSTRACTO Y TRABAJO CONCRETO

Marx demuestra cómo toda producción está necesariamente determinada por el tiempo de trabajo disponible de la sociedad y por el reparto del trabajo social en función de las diferentes necesidades. Esta regulación debe hacerse de una manera o de otra en todas las formas de producción. Pero adopta, en cada una de estas formas, caracteres diferentes. Es así como, Marx (1975) en los textos sobre el fetichismo del capítulo 1, demuestra en el caso de varias formas de producción diferentes (la de Robinson, la de la Edad Media, la de una industria rústica y patriarcal y en fin la de una sociedad comunista) cómo esta ley natural opera según formas específicas determinadas por cada una de estas estructuras.

Cada organización económica es una organización del tiempo. Por ejemplo, sobre la base de la producción comunitaria, la determinación del tiempo también sigue siendo esencial. Así ocurre que cuanto menos tiempo requiere la sociedad para producir artículos de necesidad, más tiempo se gana para otro tipo de producción, material o mental. Al igual que en el caso de un individuo, la multiplicidad de su desarrollo, su disfrute y su actividad dependen de la economización del tiempo. En toda formación social, la economía del tiempo, reduce en última instancia la economía misma, máxime en el modo de producción capitalista. Bien es cierto que la sociedad tiene que distribuir su tiempo de forma decidida, a fin de lograr una producción adecuada a sus necesidades generales; al igual que el individuo tiene que distribuir su tiempo correctamente para satisfacer las diversas exigencias de su actividad. Por consiguiente, la economía del tiempo, junto con los planes de distribución del tiempo de trabajo entre las diferentes ramas de la producción, sigue siendo la primera ley económica, base de la producción comunitaria. Y ello se convierte en ley cuando alcanza un mayor grado de complejidad. Es evidente que la “economía” ya en este punto de mayor desarrollo, no significa simplemente “ahorro”, sino “organización”.

En el interior del modo de producción capitalista, donde la producción mercantil es la producción dominante, la ley reguladora del tiempo de trabajo y de su reparto adopta una figura del todo particular, la de la identidad contradictoria del trabajo concreto y del trabajo abstracto, la cual se encuentra representada en las contradicciones inherentes al intercambio de mercancías. La unión

contradictoria del trabajo concreto y del trabajo abstracto no está determinada por una dialéctica que sería inherente a uno de los dos términos. Expresa la forma particular que adoptan, en un modo de producción determinado, las características generales del trabajo y está orgánicamente vinculada a la distinción entre valor de uso y valor. Con el trabajo, en tanto trabajo *concreto*, útil, se generan los bienes que componen la riqueza material. Es concreto porque para producir esos valores de uso específicos es necesario reunir herramientas, materia prima y habilidades específicas, determinadas. Por otra parte, *el trabajo abstracto se vincula orgánicamente con el valor*, puesto que afecta al intercambio entre mercancías que son reproducibles mediante trabajo.

Precisamente por todo ello, ni el trabajo ni el tiempo de trabajo pueden constituir el punto de partida del análisis del modo de producción capitalista.

El capital es la contradicción en proceso, [puesto] que se esfuerza por reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por lo demás pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma del superfluo; pone, por tanto, cada vez más el superfluo como condición *–question de vie et de mort–* del necesario (Marx 1978, vol. 2: 591-592).

En el caso del capitalismo, el tiempo de mano de obra no significa necesariamente “valor”. El hecho de que el valor no sea simplemente el tiempo de trabajo supuso que en la confección de *El capital*, para “desarrollar el concepto de capital”, fuese necesario no tanto comenzar con el trabajo sino con el valor, y precisamente, con el valor de cambio en un movimiento de circulación ya desarrollado.

“Es tan imposible pasar directamente del trabajo al capital, como pasar directamente de las diversas *races* (razas) humanas al banquero o de la naturaleza a la máquina de vapor” (Marx 1978, vol. 1: 198-199) por lo que resulta entonces evidente que no podemos abandonar el valor de cambio al sentido común de los economistas de la época. El trabajo no es sinónimo de valor, ni el tiempo de trabajo es sinónimo de la cantidad de valor. La crítica de Marx al respecto es que asumen la *forma* valor en un sistema social determinado –el sistema mercantil– aunque ahí posee contenidos y características específicos.

El dinero representa el tiempo de trabajo abstracto, pero no lo simboliza. Esto significa tan sólo que la mercancía-dinero en sí debe ser necesariamente valor. Si simboliza, en cierto modo, el valor, entonces lo hace de la misma manera que cada mercancía concreta, es decir, como una envoltura del trabajo abstracto. El tiempo de mano de obra, tal como aparece en el dinero sólo puede ser el tiempo homogéneo y abstracto del reloj, cuyas partes (segundos, minutos, horas, días) son exactamente idénticas. Sin embargo, no parece en principio que se pueda reducir el tiempo de trabajo individual a este tiempo abstracto, puesto que cada vez tiene un contenido particular y cada parte de sus componentes es diferente. Se trata de un tiempo que se experimenta subjetivamente. En este sentido Marx escribe las siguientes líneas:

El tiempo de trabajo mismo existe como tal solo subjetivamente, bajo la forma de la actividad. En la medida en que bajo esta forma es intercambiable (siendo la misma mercancía), es tiempo de trabajo no solo cuantitativa sino también cualitativamente determinado y diferente, y de ningún modo universal e idéntico a sí mismo. Como sujeto él no corresponde al tiempo de trabajo universal que determina los valores de cambio en igual grado en que las mercancías y los productos particulares no le corresponden como objeto (Marx 1978, vol. 1: 99).

Lo que acaba de decirse, por simple que pueda parecer, no es del todo evidente. Algunos pasajes de la *Contribución...* parecen afirmar justo lo contrario:⁹

El tiempo de trabajo es la existencia viviente del trabajo, sin relación alguna con su forma, su contenido e individualidad; es la existencia viviente del trabajo en su forma cuantitativa, así como su medida inmanente. El tiempo de trabajo materializado en los valores de uso de las mercancías es a la vez la sustancia que hace de ellas valores de cambio y, por tanto, mercancías, así como mide la magnitud precisa de su valor. Las cantidades correlativas de diferentes valores de uso en que se materializa el mismo tiempo de trabajo son equivalentes, es decir, todos los valores de uso son equivalentes en las proporciones en que contienen el mismo tiempo de trabajo gastado, materializado. En cuanto valores de cambio, todas las mercancías son meramente cantidades determinadas de *tiempo de trabajo congelado* (Marx 1989: 14).

⁹ Véase al respecto el análisis que hace Jacques Rancière (1973) sobre el concepto de crítica de la economía política desde los *Manuscritos de 1844* a *El capital*.

En todo caso, nos quedamos con que el tiempo de trabajo no es pura cantidad, una temporalidad continua y regular “fuera de sí misma” al igual que lo es la del reloj. Que la individualidad del trabajador se borre en el movimiento de la producción; que la experiencia laboral se convierta en una eterna repetición de la misma; que, en definitiva, el carácter abstracto del trabajo (y de su medida inmanente) se manifieste como “verdad práctica” y una “realidad efectiva”... todo ello no remite a una temporalidad trascendente, más bien corresponde a una etapa de desarrollo capitalista.

El significado del pasaje citado anteriormente se hace explícito un poco más tarde:

La conversión de todas las mercancías en tiempo de trabajo no es una abstracción mayor ni al mismo tiempo menos real que la resolución en aire de todos los cuerpos orgánicos. En realidad, el trabajo que se mide así por el tiempo no se presenta como trabajo de individuos diferentes, sino que los diferentes individuos trabajadores parecen ser más bien meros órganos de dicho trabajo (Marx 1989: 15).

No se trata, evidentemente, del trabajo medido dos veces: la primera vez de forma específica y concreta, la segunda de modo general y abstracto. Marx afirma claramente que estamos tratando con unas categorías *sociales*. Se refiere al trabajo humano abstracto, que constituye la dimensión de valor de las mercancías, como su “*sustancia social*, que les es común a todos”; y por ello aunque las mercancías como valores de uso son materiales, como valor son objetos puramente sociales. Es el mismo “tiempo” que se opone a sí mismo, en la medida en que crea el valor de uso y determina el valor de cambio, una oposición que también posee dimensiones cuantitativas. No basta con “abstraerlo” a partir del contenido del tiempo de trabajo concreto a fin de determinar la duración del tiempo de trabajo general/abstracto. La transformación cuantitativa de una a otra dimensión no presenta ninguna dificultad conceptual si se asume que el carácter general del trabajo se puede reducir al trabajo simple (lo que nos permite concebir la primera como un múltiplo de la última). Además, el tiempo de trabajo real debe traducirse en un momento de intensidad media. En otras palabras, si el “tiempo de trabajo sólo existe como tal subjetivamente”, como afirma Marx, entonces ¿cuál es el contenido general del tiempo de trabajo?

El tiempo “universal” o el tiempo “general” no tiene otro contenido, ni ningún otro significado que el de ser la negación del tiempo “especial”. Sin embargo, en Marx, el tiempo de trabajo general/ abstracto parece, como el *quantum* de una cierta “sustancia”, poseer un contenido específico; no puede reducirse a un simple universal. En el primer capítulo de *El capital* se afirma:

La antítesis inmanente a la mercancía –valor de uso y valor, trabajo privado que a la vez tiene que presentarse como trabajo directamente social, trabajo específico y concreto que al mismo tiempo cuenta únicamente como general y abstracto, personificación de la cosa y cosificación de las personas–, esa contradicción inmanente, adopta sus *formas* más evolucionadas de *movimiento* en las antítesis de la metamorfosis mercantil (Marx 1975: 138-139).

¿Cómo puede el tiempo de trabajo abstracto/general estar “junto a y fuera de” el tiempo de trabajo singular/ concreto? ¿Cuál es el significado de esta expresión? Ante todo, significa que el tiempo de trabajo abstracto/general es una especie de “lengua extranjera” en la que deben traducirse las actividades productivas para que puedan circular. Por lo tanto, junto al idioma de los productores existe otro idioma que es ajeno a ellos y que tiene su propia lógica y reglas. Los trabajos individuales deben ser traducibles y traducidos al trabajo abstracto/ general. El proceso de traducción no es otra cosa que el proceso de intercambio: el tiempo de trabajo general sólo puede ser objetivado en el proceso de intercambio en el que la mercancía debe pasar de su ser inmediato a su ser mediador. En este proceso la mercancía universal se convierte en dinero. El tiempo de trabajo socialmente necesario, el cual determina los valores de intercambio, está necesariamente vinculado a los diversos valores de uso que sirven como su portador. Esta división en dos de la mercancía –en mercancía y dinero– se refiere, sin embargo, a una realidad más profunda: una autonomización de las relaciones sociales, el “nacimiento” de una nueva racionalidad. El tiempo de trabajo abstracto, o valor, es esta *Fremdheit* [extrañeza], una relación social autónoma e independiente que se impone sobre los individuos como una ley natural; no tiene otro contenido.

En efecto, el valor de cambio es una relación social a la que se enfrentan las personas, que asume la apariencia de una condición natural. La consecuencia directa de esta realidad es que las relaciones sociales aparecen como las relaciones sociales entre cosas. Así, para especificar el contenido del tiempo de trabajo abstracto/general, hay que ir a la discusión sobre el fetichismo de la

mercancía. Esto no sucede por casualidad: el trabajo abstracto no se reduce aquí al tiempo de trabajo socialmente necesario presente en las mercancías individuales, sino que aparece como un sujeto autónomo cuyos productores no son otros que sus actividades parciales y diversas, sus expresiones particulares. Se trata de un sujeto que las auto-reproduce y auto-desarrolla, como un verdadero organismo social vivo.

La conflictiva relación entre valor de uso y valor tiene que ver ante todo con un conflicto de temporalidades: el tiempo de trabajo general/abstracto no existe sin el tiempo de trabajo individual/concreto. Al mismo tiempo que determina los valores produce valores de uso, siendo el primero la expresión abstracta y objetiva de un tiempo de trabajo subjetivo y concreto. Sin embargo, el tiempo de trabajo general, el “mediador” entre los extremos, no se corresponde con la identidad abstracta $A=A$. El tiempo de trabajo general o el valor se refiere tanto al tiempo dedicado a la producción de valor de uso como al tiempo que se ofrece en la forma de un equivalente destinado a la apropiación de este valor de uso. El valor, por tanto, es el vínculo o la interacción entre ambos tipos de tiempo.¹⁰

El tiempo de trabajo abstracto es diferente del modo en que se experimenta el tiempo en la vida, pues no puede reducirse ni a un tipo de trabajo ni a la realidad fisiológica del trabajo, y no es ajeno a la contradicción de la mercancía, sino que es inherente a ella. Ello nos ha revelado lo siguiente: es una relación social que domina a los agentes en lugar de ser dominado por ellos y contiene una contradicción, ya que es a la vez una cualidad inherente y externo de las mercancías particulares.

El análisis de *El Capital* se iniciaba desde el punto de vista de los productores en el mercado a través de la naturaleza de la mercancía. Ahora necesitamos mirar las cosas desde el punto de vista del trabajo. El trabajo, en condiciones de producción capitalista, no es el de los diferentes sujetos, sino por el contrario, el trabajo es el sujeto y los individuos (las actividades productivas individuales) son simplemente sus órganos. Esto significa que el trabajo abstracto no es la abstracción del carácter concreto de diferentes trabajos, sino más bien una actividad fundamental y abstracta. Esta es la razón por la que Marx habla de una abstracción real. El trabajo abstracto, concebido de este modo no es otra cosa que una aproximación inicial y abstracta del capital social. El trabajo concreto, a

¹⁰ Si el valor se puede dividir en valor y precio (según la terminología de *El capital*, Marx habría utilizado probablemente los términos valor y valor de cambio), el mismo tiempo de trabajo debería aparecer como igual y desigual a sí mismo, y sobre la base de la jornada laboral, eso es imposible.

diferencia de las apariencias, sólo precede histórica, no lógicamente al capital, mientras que el trabajo abstracto es real y existe sólo como capital.

Un aspecto de la naturaleza contradictoria de la mercancía es que ese valor sólo puede determinarse cuantitativamente mediante el efecto de una diferencia que aparece en su seno. El tiempo de trabajo socialmente necesario es la determinación cuantitativa del tiempo general y abstracto y, en cierto modo, su definición es contradictoria. El propio Marx lo reconoce en el primer capítulo del libro I:

La *magnitud de valor* de una mercancía se mantendría constante, por consiguiente, si también fuera constante el tiempo de trabajo requerido para su producción. Pero éste varía con todo cambio en la *fuerza productiva del trabajo*. La fuerza productiva del trabajo está determinada por múltiples circunstancias, entre otras por el nivel medio de destreza del obrero, el estadio de desarrollo en que se hallan la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, la coordinación social del proceso de producción, la escala y la eficacia de los medios de producción, las *condiciones naturales* (Marx 1975: 49).

En aras de la simplificación, cabe llamar a esta definición de trabajo socialmente necesario “definición tecnológica”. El tiempo de trabajo social depende de la fuerza del trabajo productiva que es su opuesto matemático. Cuanto más productiva se desarrolle la fuerza del trabajo, menos tiempo será necesario para la producción de una determinada cantidad de valores de uso. Notemos, de paso, que este tiempo involucra el trabajo ejecutado según el promedio de intensidad. Esta definición del trabajo necesario se refiere a lo que Marx llama “la materialidad del tiempo”:

Determinadas *cantidades de producto, fijadas por la experiencia*, no representan ahora más que determinadas cantidades de trabajo, determinada masa de tiempo de trabajo solidificado. Son, únicamente, la *concreción material* de una hora, de dos horas, de un día de *trabajo social* (Marx 1975: 230).

Sin embargo, esta definición tecnológica del tiempo de trabajo socialmente necesario que se encuentra en el primer capítulo, se verá “corregida” por Engels en la 4ª edición:

Quien, con su producto, satisface su propia necesidad, indudablemente crea un *valor de uso*, pero no una *mercancía*. Para producir una mercancía, no sólo debe producir valor de uso, sino valores de uso para otros, valores de uso

sociales. [F. Engels – Y no sólo, en rigor, para otros [...] Para transformarse en mercancía, el producto ha de transferirse a través del intercambio a quien se sirve de él como valor de uso. – Nota a la 4ª edición. – He insertado el texto entre paréntesis porque su omisión motiva el frecuentísimo error de creer que, para Marx, es mercancía todo producto consumido por quien no sea su productor]. Por último, ninguna cosa puede ser *valor* si no es un objeto para el uso. Si es inútil también será inútil el trabajo contenido en ella; no se contará como trabajo y no constituirá valor alguno (Marx 1975: 50-51).

Lleva toda la razón Engels, y ello significa la necesidad de la venta, porque el carácter útil del tiempo dedicado a la producción de una mercancía se impone únicamente cuando el producto se vende.

Así pues, no sólo la definición de tiempo de trabajo social *corrige* la definición tecnológica; la primera también *contradice* la segunda. La primera definición se refiere al tiempo empleado por la sociedad (en condiciones normales) para la producción de una mercancía. La segunda definición se refiere al tiempo que la sociedad reconoce, subsecuente a la producción de dicha mercancía, como socialmente útil. La primera se refiere a la materialidad del tiempo, expresada en mercancías, mientras que la segunda se refiere a la materialidad del tiempo expresada en dinero.

Asimismo lo plantea Rosdolsky en su interesante libro sobre la génesis de *El capital*:

Una y otra vez volveremos a encontrar, en *El capital* y en otras obras de Marx, con esta interpretación “tecnológica” del concepto del tiempo de trabajo socialmente necesario. Pero junto a ella se encuentra también otra interpretación, según la cual sólo podría considerarse como “socialmente necesario” al trabajo que correspondiese a la necesidad social colectiva de un valor de uso determinado (Rosdolsky 1978: 129).

Quizá, la única manera de “rescatar” los textos de Marx del “pecado” de la contradicción es asumir que el tiempo dedicado a la producción de una mercancía, en la medida en que es necesario en términos tecnológicos, debe ser inevitablemente reconocido por la sociedad. Esto es imposible, ya que no existe ninguna relación inmediata entre ambas temporalidades. La primera es una función de la fuerza de trabajo productiva, mientras que la segunda es una función de la relación de fuerzas entre las clases sociales. La primera se refiere a

las condiciones socio-técnicas de la producción; la segunda al ámbito de la necesidad social en relación con los valores de uso particular. La primera se refiere a la división social del trabajo; la segunda se refiere a la distribución de las rentas.

Como antes se insinuaba, la definición contradictoria del tiempo de trabajo socialmente necesario está inseparablemente ligada a la naturaleza contradictoria de la mercancía. En realidad, la contradicción de la mercancía aparece ahora de una forma diferente:

En la relación entre oferta y demanda de las mercancías se reitera, en primer lugar, la relación entre valor de uso y valor de cambio, entre mercancía y dinero, entre comprador y vendedor; en segundo lugar, la relación entre productor y consumidor, pese a que ambos puedan estar representados por terceros comerciantes (Marx y Engels 1976: 243).

El valor, o tiempo de trabajo socialmente necesario, se impone con más rapidez, puesto que: (1) cuanto más móvil es el capital más fácilmente se puede transferir de una esfera y de un lugar a otros; (2) más rápido puede moverse la fuerza de trabajo de un sector a otro y de un punto local de producción a otro.

Rosdolsky trató adecuadamente los dos aspectos temporales del trabajo social. En relación con esta cuestión cita a Engels, quien también cree que el trabajo social es contradictorio:

Si hubiese investigado por medio de qué y cómo el trabajo crea y, por lo tanto, determina y mide el valor, habría llegado al trabajo socialmente necesario: necesario para cada producto tanto en relación con otros productos de la misma clase como respecto a la demanda de toda la sociedad (Rosdolsky 1978: 129).

Rosdolsky observa que muchos autores consideran que la “contradicción” del tiempo de trabajo social es intelectualmente “intolerable”, mientras que según él sólo es “aparente”.

El valor del trabajo es una exigencia del sujeto frente al objeto. Y el objeto, en nuestro caso, no es ni una reflexión económica ni filosófica, sino más bien “la abstracción *en proceso*” de la economía capitalista, el desenvolvimiento de la racionalidad económica, la razón alienada que rige la vida social, a saber, el capital social. En Marx, el valor es el vínculo que conecta el tiempo de trabajo dedicado a la producción de una mercancía concreta con el tiempo de trabajo

que la sociedad ofrece para la compra de esta mercancía. Es una propiedad del modo de producción capitalista el hecho que estas dos temporalidades coincidan sólo accidentalmente.

En suma, el valor o el tiempo de trabajo abstracto/general socialmente necesario puede definirse como una “relación métrica” entre una determinada mercancía y la necesidad social que le corresponde. Esta definición es, sin embargo, muy insatisfactoria, puesto que en realidad presupone el estado de equilibrio económico. El valor es una relación social dominante y autónoma, precisamente porque este equilibrio no existe.

TIEMPO HISTÓRICO Y TIEMPO LÓGICO

La coexistencia de una temporalidad histórica con una temporalidad lógica, en el libro I de *El capital*, no debe ser vista como una mala decisión por parte de Marx para hacer del significado de sus textos algo difícil de discernir. Más bien, la coexistencia de la temporalidad histórica y lógica es en sí misma una necesidad lógica y, por consiguiente, su análisis es igualmente necesario para comprender el libro I de *El capital*.

Marx distingue tres etapas históricas en el desarrollo de la mercancía: (1) una etapa en la que los valores de uso se convierten ocasional y accidentalmente en mercancías *mediante* y *en* el proceso de intercambio; (2) una etapa en la que el mercado de intercambio de los productos del trabajo se convierte en un hábito social y los valores de uso se producen para el mercado; y finalmente, (3) una etapa en la que el producto sólo se vuelve inteligible como parte de un organismo vivo. Marx critica a los economistas de su tiempo porque, a su juicio, interpretan el intercambio en el mercado de una manera mecánica. Cree que el dinero constituye, en la historia de la mercancía, una etapa superior al de simple trueque que es irreductible a esta última fase.

El dinero, pues, no es un simple medio, sino que constituye la expresión de una relación social de producción que no puede existir sin aquel. El valor de intercambio, que es esta relación, aparece ya como autónomo e independiente: en la medida en que es el vínculo directo que existe entre las mercancías, aparece como una barrera y un obstáculo entre productores. Gradualmente el mercado se establece a sí mismo como un factor autónomo vis-a-vis con los productores, quienes dependen directamente del anterior e indirectamente unos de otros. Ahora bien, la mercancía que corresponde a esta etapa histórica ¿es la que se describe en el primer capítulo del libro I de *El capital*? Según Marx, aún no es el caso:

De esta, suerte, el trabajo objetivado en el valor de las mercancías no solo se representa negativamente, como trabajo en el que se hace abstracción de todas las formas concretas y propiedades útiles de los trabajos reales: su propia naturalmente positiva se pone expresamente de relieve. Él es la reducción de todos los trabajos reales al carácter, que les es común, de trabajo humano; al de gasto de fuerza humana de trabajo (Marx 1975: 82).

De hecho más adelante lo que plantea es que sigue siendo el capital quien primero determina el tiempo de trabajo a la vez que lo acorta:

Si el valor de las mercancías está determinado por el tiempo de trabajo necesario contenido en ellas, y no por el tiempo de trabajo contenido en ellas en forma general, es el capital el primero que realiza esta determinación, y al mismo tiempo acorta de manera constante el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía (Marx y Engels 1976: 105).

De lo anterior se desprende que, en primer lugar, el tiempo histórico no es "ilógico". El tiempo histórico no puede ser absolutamente ilógico, es decir, tan sólo cronológico y descriptivo, ya que los tres momentos de la mercancía se entrelazan en el espacio y en el tiempo histórico y aparecen de una manera caótica. Aquí Marx se interesa en las etapas intermedias de la prehistoria o el advenimiento del sujeto en una entidad, y este es el caso sólo en la medida en que estas etapas son útiles para comprender la naturaleza actual del sujeto. En segundo lugar, si bien es cierto que la mercancía y el dinero preceden al capital, entonces es igualmente cierto que estos tres términos forman una unidad y se han configurado en la misma etapa histórica. Un círculo se convierte en lo que es en el momento de su realización, por medio de un salto cualitativo.

El primer capítulo de *El capital* comienza con la mercancía no porque históricamente anteceda al capital, sino porque es el objeto más simple: es pues una elección lógica. Por su parte, el dinero no es sólo una mercancía, es además una mercancía universal; y esta es la razón por la que el dinero no puede constituir el punto de partida. La primera condición necesaria para la comprensión de las formas del valor, descrita en el primer capítulo de *El capital*, ya ha sido mencionada. La temporalidad que la gobierna no es histórica, sino lógica.

La segunda condición es que el tiempo lógico no es absolutamente ahistórico. En otras palabras, las formas del valor no son pura teoría, pura lógica o una elección arbitraria; más bien acarrear la conclusión de una historia, de un fin que tiene que analizarse lógicamente. Esto significa, en lo esencial, que las tres primeras formas de valor no son el pasado histórico de la forma valor, sino de un pasado iluminado por la luz del presente, reconstruido no como lo que realmente ocurrió, sino descrito desde un punto de vista lógico, de una manera que hace que el dinero adopte una forma inteligible y sitúa a la mercancía y al dinero al espacio y tiempo al cual pertenecen.

Ambos discursos (lógico e histórico) se corrigen entre sí, y al hacerlo se contradicen mutuamente. La cuestión se vuelve aún más complicada, ya que el discurso lógico no es ahistórico, ni el discurso histórico es ilógico. ¿Por qué Marx elige esta compleja forma de exposición? Lo más probable es que en el comienzo de un círculo ya existe la idea del fin. Para analizar el concepto de capital, la mercancía y el dinero deben ser asumidas como objetos completados. Esta última antecede al capital lógico pero no históricamente. La primera parte de *El capital* es la presentación de un objeto lógico, la mercancía, en realidad conservada y eliminada por y en el capital; antes de que este objeto se haya visto sometido a esa operación, es la presentación de un objeto que ha sufrido un proceso de superación [*Aufheben*]. Antes de que se convierta en tal, es la presentación positiva de un objeto que, sin embargo, se niega a sí mismo.

El tiempo oculto de la mercancía no es otra cosa que la diferencia entre el tiempo de trabajo necesario para su producción y el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo que produjo ese producto. De hecho, esta última es “necesaria” en el sentido histórico de la palabra y no en su sentido fisiológico, puesto que las “necesidades” sociales evolucionan, se transforman.

Notemos que la circulación simple, tal como aparece en la circulación del mercado, indica la presencia de un tiempo oculto en el futuro. Esta vez, sin embargo, no parece encontrar un lugar adecuado en la circulación simple. Su “lugar” se sitúa en otro lugar. A la escasez de la circulación simple –una característica que comparte con cada fenómeno lógico del mismo tipo– debe agregarse un misterio. ¿De dónde proviene este tiempo oscuro? Como acabamos de ver, la solución a este misterio reside en la esfera de la producción. La circulación simple conduce a la circulación capitalista, y el capital comercial lleva al capital industrial.¹¹ El capital en su forma fundamental difiere del capital

¹¹ Ello se debe a que el valor pasa por diferentes fases que no existen como una secuencia en el tiempo. No sólo el capital usurario históricamente precede al capital

comercial en la medida en que también actúa en el ámbito de la producción, en el lugar donde la mano de obra aparece en su forma líquida. Marx no “pasa” de la circulación simple a la producción –como se afirma a menudo–, sino del “proceso químico” al “proceso teleológico”, y desde éste a una aproximación inicial del “proceso vital”. Este último proceso difiere de los momentos previos en el sentido de que incluye el proceso productivo; entre la compra de la fuerza de trabajo y la venta de trabajo cosificado (estos actos, tomados por separado, son parte de la circulación simple) interviene la producción, sobre lo cual nada sabemos. El segundo acto no es realmente independiente del primero. El trabajo abstracto sólo puede concebirse en relación con la circulación.¹²

EL TIEMPO DEL PROCESO DE CIRCULACIÓN

El plusvalor aparece antes que nada como el importe del valor de la mercancía que excede el valor de la fuerza de trabajo consumida durante la fabricación de dicha mercancía. Este plusvalor no es absoluto ni relativo, puesto que dichas categorías sólo se refieren a la forma en que aumenta. No obstante, esta definición es suficiente para analizar el capital constante y variable, y para determinar la masa y la tasa “sincrónica” del plusvalor. A continuación, vamos a especificar las modalidades de crecimiento absoluto del plusvalor. Esto nos permitirá examinar algunas determinaciones de la superficie tal como aparecen en la esfera de la producción.

Para poder calcular la tasa de ganancia en forma exacta y rigurosa, hay que introducir primero la noción de “realización del capital”. Esta noción implica los conceptos de “capital fijo” y “capital circulante”. Junto al tiempo de producción, que es lineal, cabe introducir el tiempo de circulación, que es el objeto del libro II de *El capital* (Marx 1976). Capital fijo y capital circulante no son, por lo tanto, determinaciones que deben añadirse al capital constante y variable, sino que más bien constituyen las determinaciones sobre la base de tales conceptos. Constituyen, al mismo tiempo, su concreción. Las relaciones que unen capital constante y variable, por un lado, y capital fijo y capital circulante, por el otro, no son externas sino necesarias. Ni el primero ni el último pueden basarse en sí

comercial, sino que también le sigue lógicamente, de modo que el capital usurario le debe su inteligibilidad al capital comercial y este a su vez al industrial. Que sigan o no históricamente los precios de producción al valor, carece de importancia; lo importante es que lo sigan lógicamente.

¹² Si es necesario “aislar”, por así decirlo, el proceso productivo para explicarlo, cabe añadir que ese “aislamiento” no aísla nada.

mismos, y sólo se puede entender realmente a ambos en y a través de su relación. Los conceptos que se refieren a la producción de valor (las nociones “esenciales”) necesitan fundamentos.

Las nociones de “capital constante”, “capital variable”¹³ y “plusvalor” quedan estrictamente reservadas no sólo para el proceso de producción, sino también la temporalidad de la producción. Esta temporalidad lineal y abstracta, que tiene dos dimensiones (pasado y presente), a las que caracteriza y especifica. Por su parte, las nociones de “capital fijo” y “capital circulante” también se reservan para el proceso de producción, al mismo tiempo que son parte de la temporalidad de la circulación. Así pues, expresiones tales como “la circulación de capital variable” o la “circulación del capital constante” son acertadas y pueden ser utilizadas como abreviaturas, a condición de que no se olvide que la primera circula como parte del capital circulante, y que la última lo hace como capital fijo y como parte del capital circulante. Si nos olvidamos de esto, tales expresiones carecen por completo de sentido.

La compleja relación entre los procesos de producción y de circulación no es una mera aproximación a través de la metáfora de la base y la superestructura, de la “apariencia” y “la forma fenoménica”, donde las igualdades económicas y jurídicas se apoyan mutuamente. Esta compleja relación establece un nexo entre el tiempo cíclico de la reproducción y el tiempo lineal de la producción y, aún más importante, arroja luz sobre el hecho de que estos dos procesos actúan de una manera especular. Como tales, no pueden separarse, ya que cada uno constituye uno de los momentos del otro en el proceso de reproducción. El plusvalor, arrojado en el proceso de producción se legitima en el proceso de circulación: “No es nada si la mercancía no se vende”.

Ese tiempo cronometrado y absoluto de la producción es sólo uno de los aspectos de la organización capitalista de tiempo. Más concretamente, es uno de los aspectos del tiempo de producción, su aspecto mecánico. La organización capitalista de la mano de obra es un momento de la relación social que, cuando se examina por separado, como un fragmento, aparece como un sistema mecánico. En efecto, el capitalismo como una organización del tiempo no está limitado al tiempo de producción. La unidad contradictoria del tiempo de producción y el tiempo de circulación es el capital en sí mismo, entendido como una

¹³ Capital constante y capital variable son nociones, abstracciones; por sí mismas son insuficientes, de la misma manera que el sistema nervioso de cualquier organismo es impensable a no ser que se le considere en relación con los demás sistemas orgánicos de la misma persona.

organización específica del tiempo. Marx examina y desarrolla los diferentes aspectos de esta contradicción ya en los *Grundrisse*:

El capital es la contradicción en proceso [...]. Por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación social y del intercambio social, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado, procura medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites imprescindibles para que el valor ya creado se conserve como valor (Marx 1978, vol. 2: 593-594).

El tiempo de circulación del capital incluye dos etapas de las que constituye su suma: la etapa de la compra de productos destinados al proceso productivo, y la fase de la venta de los productos fabricados. El capital también gasta mucho tiempo en la esfera de la producción. En relación a la circulación, Marx llama a este momento “tiempo de producción”. Es por lo común mayor que el tiempo de trabajo, puesto que también incluye los intervalos temporales durante los cuales el tiempo de trabajo se interrumpe, así como las etapas durante las cuales aparecen los medios de producción como medios disponibles, en la esfera de la producción, antes de entrar en el consumo productivo.

TRABAJO PRODUCTIVO Y TRABAJO IMPRODUCTIVO

Ahora se puede entonces redefinir el tiempo de producción: es, por lo tanto, el período de tiempo durante el cual los medios de producción funcionan como tales de una manera activa, inactiva (durante las interrupciones del proceso productivo) y potencial (como los mercados). El tiempo de producción se define de esta forma como la vida útil de los medios de producción. Marx especifica que estos últimos transmiten a los productos su valor de cambio, no sólo durante el tiempo de trabajo, sino también durante el tiempo de producción en general. Esto se debe a que los medios de producción también pierden su valor de uso durante las interrupciones del proceso productivo. Se asume, por supuesto, que tal pérdida de valor de uso no es mayor de lo que es habitual en términos sociales. Durante las interrupciones del tiempo de trabajo, el capital productivo transmite su valor al producto sin agregar ningún nuevo valor. En el mejor de los casos, por lo tanto, este es un juego de suma cero, mientras permanece “inactivo” el capital productivo para el capitalista constituye un adelanto inútil del valor. La tendencia inmanente del capital a prolongar la jornada laboral y eliminar por completo, si es posible, las interrupciones del proceso de trabajo, proviene de

esta preocupación. Es evidente que cuanto más se generalicen los turnos de noche y se reduzcan los descansos, la extensión de la jornada laboral más allá de los límites naturales de la jornada diaria aparecerá como una necesidad coactiva y externa a cada capital individual.

El tiempo de realización de capital es la suma del tiempo de producción y el tiempo de circulación. Cuanto más se alargue el tiempo de producción, dado un determinado tiempo de realización, más corto será el tiempo de circulación, y viceversa. Por lo tanto y así expresado, el tiempo de circulación constituye una “pérdida de tiempo” para el capital. Esto se debe a que el valor del capital cambia de forma sin verse valorizado durante este tiempo.

La hipótesis según la cual las formas de capital aparecen como una sucesión de rupturas temporales simplifica este debate sin falsificar sus resultados. Podríamos continuar por el momento sin mantener esta suposición. El despliegue simultáneo de los circuitos de capital implica la división del valor en el valor comprometido en el ámbito de la producción, y en el valor que participa en la esfera de la circulación.

Para una cantidad dada de valor, cuanto mayor sea el valor reservado a la esfera de la producción, menor será el valor reservado para la circulación, y viceversa. Ésta última es una función del tiempo de circulación. Cuanto mayor sea este tiempo, mayor será el valor que participa en la circulación. Lo que hemos caracterizado antes como una “pérdida de tiempo” aparece ahora como una “pérdida de valor” productivamente invertido. Lo que se ahorra en tiempo, se pierde en cantidad.¹⁴

La pareja “tiempo de producción y tiempo de circulación” está relacionada con la pareja “trabajo productivo y trabajo improductivo”. En primer lugar, el concepto de trabajo improductivo parece estar ligado a la producción de riqueza en

¹⁴ El hecho de que *El capital* sea una “crítica” de la economía política y pugne cara a cara con otras concepciones de esta disciplina aparece a lo largo de toda la obra, en especial cuando Marx se refiere a cuestiones de carácter muy técnico, como el tiempo de “circulación” y el “tiempo de producción”, de ahí que sorprenda que utilice términos como “positivo”. Por ejemplo, ¿por qué son las consecuencias de la circulación un tiempo positivo? Marx menciona varias razones, tales como, por ejemplo, el modo de formación de los precios, un tema abordado en el libro III de *El capital*. Cabe anotar que el tiempo que aparece en la circulación en el cálculo de la ganancia es un factor positivo, ya que con capitales en las diferentes esferas de la inversión, en el cual sólo difieren los tiempos de la circulación, el mayor tiempo de circulación establece la base para un mayor precio.

general, y como resultado puede aparecer como algo transhistórico. En el modo de producción capitalista, sin embargo, este concepto conlleva ciertas determinaciones. Lo que Marx llama “falsos costes de producción” son los costes derivados del consumo de la fuerza de trabajo y del capital constante en el marco de una actividad improductiva o, si se prefiere, en la temporalidad de los circuitos económicos. Puesto que el criterio para distinguir entre trabajo productivo y actividades improductivas se basa en la noción del plusvalor social, esta distinción no es ni universal ni transhistórica pese al hecho de que algunas de las discusiones de Marx tienen un alcance más general que el análisis del modo de producción capitalista.

Vemos, por tanto, como Marx admitió expresamente que el factor tiempo interviene en la determinación del valor. Hay que subrayar que este factor no arruina la teoría marxista del valor, tan sólo afirma que cuanto mayor sea el tiempo de circulación del capital, menor valor se puede invertir en términos productivos. El tiempo de circulación actúa en términos negativos, como un límite impuesto al ritmo en que el valor se multiplica. El tiempo de realización es inversamente proporcional al ritmo de la valorización del capital.

PERIODO Y TIEMPO

Marx dedica tres breves capítulos a lo que llama “periodo de trabajo”, “tiempo de producción” y “tiempo de circulación”, respectivamente. Estos constituyen los capítulos doce, trece y catorce, del libro II de *El capital*. Cabe preguntarse, en primer lugar, ¿por qué emplear el término “período de trabajo” pero, a continuación, hablar del “tiempo” de la producción y la circulación? Como hemos visto, la expresión “periodo de trabajo” expresa algo que va más allá del “tiempo de trabajo”, este último puede ser más o menos intenso, productivo y socialmente necesario; en resumen, dicho tiempo tiene su lugar en el marco de la valorización de valor. El “periodo de trabajo”, por el contrario, es un concepto que hace referencia exclusivamente a la circulación de valor. No forma parte de la temporalidad lineal de la valorización, sino más bien de una temporalidad cíclica y repetitiva.¹⁵

¹⁵ Esto es cierto también en el caso del “tiempo de producción” y del “tiempo de circulación”. Tales tiempos son en realidad “períodos”. Con este último término de origen griego se introduce de forma explícita la idea de ciclo así como de repetición; tal es la razón por la que es más adecuado hablar de “período de producción” y “periodo de circulación”. De cualquier modo, Marx utiliza el término “tiempo” en

Pues bien, Marx denomina “periodo de trabajo”, al número de días de trabajo necesarios para fabricar un producto. La amplitud del período de trabajo, por lo tanto, depende de la naturaleza del valor de uso producida. Es conveniente señalar que lo importante aquí no es la duración absoluta del periodo laboral sino más bien de las horas de trabajo necesarias para la producción de un determinado producto. El periodo de trabajo, definido de esta manera, es uno de los factores que determinan la cantidad de capital que debe adelantarse para ser valorizado; cuanto más largo sea el período de trabajo, mayor será la cantidad de capital adelantado. Debido a que algunos productos requieren muy largos períodos de trabajo, sólo se pueden producir como mercancías si el capital ha alcanzado un cierto grado de concentración y centralización.

El tiempo o periodo de producción incluye necesariamente el periodo de trabajo, pero no es necesariamente igual a él. El período de producción es el tiempo necesario para la producción de un producto. Incluye, más allá del período de trabajo, el tiempo durante el cual el objeto de trabajo está sometido a los procesos naturales de mayor o menor duración, y tiene que someterse a cambios físicos, químicos o fisiológicos mientras el proceso laboral se ve completa o parcialmente suspendido. El tiempo de producción es el tiempo durante el cual los medios de producción participan en la creación del producto, o dicho de otra forma, los medios que participan en el proceso productivo se encuentran en la esfera productiva, activa, pasiva o potencialmente (como las acciones, por ejemplo). Al contrario del período de trabajo, donde el énfasis está en el tiempo de trabajo necesario para la producción de mercancías y no en la duración absoluta, aquí la duración absoluta es de sumo interés. En efecto, cuanto mayor sea la relación periodo de trabajo/ período de producción menor será el valor que pierda “improductivamente” el capital, por la sencilla razón de que esta relación expresa la extensión relativa de las interrupciones en el proceso laboral. Aunque los dos períodos tienen que ver con la circulación del valor (su proceso cíclico), su cociente (el periodo de trabajo dividido por el período de producción) es uno de los factores que determinan el nivel de rentabilidad del capital.

Las crisis económicas tienen un impacto diferente sobre las mercancías básicas de acuerdo a si estas últimas requieren períodos de trabajo más o menos largos. Aquellas que requieren largos períodos de trabajo, en general, son menos

ocasiones y “período” en otras, pero en ambos casos tales términos significan la misma cosa. Así pues, cuando se habla de “tiempo de producción” o de “tiempo de circulación” en torno al proceso de valorización del valor, el término utilizado nos indica un carácter cíclico y repetitivo.

flexibles que las que requieren cortos períodos de trabajo. Las empresas que producen mercancías de una naturaleza discontinua pueden adecuar su producción a la demanda social de forma más sencilla y, por tanto, adaptarse a las condiciones alteradas del proceso productivo social.¹⁶

De mayor entidad, los conceptos de “capital fijo” y “capital circulante” constituyen parte de la misma temporalidad que el concepto de “período de trabajo”. Los dos primeros se refieren a los modos de realización de los medios de producción, mientras que el último se refiere al modo de realización del producto. Si el modo de realización es de carácter continuo, entonces se requieren largos períodos laborales, y de repente una gran cantidad de valor se encuentra en circulación; si es de un carácter discreto, los períodos de trabajo son cortos y el valor producido durante un período dado circula en pequeñas cantidades.

Al igual que el período de trabajo, el período de producción se refiere al modo de realización del producto. Algunos productos necesitan permanecer en el proceso de producción durante un período de tiempo más largo que el período de trabajo, habida cuenta de sus características naturales. Esta ampliación de su estancia en la esfera productiva influye negativamente en el tiempo de realización de la mercancía y, en general, supone un aumento en su precio. Por su parte, el tiempo de realización es un concepto destinado a conceptualizar fenómenos distintos. En realidad, es más exacto hablar de “tiempos de realización” en plural que en singular.¹⁷

El libro II de *El capital* constituye, sin duda, una fase analítica absolutamente necesaria para la comprensión de la lógica y la organización interna de capital.¹⁸

¹⁶ En la actualidad este rasgo menor se anuncia como muy relevante, de ahí la supuesta importancia del carácter “dinámico y flexible” de las pequeñas empresas y su capacidad de remontar toda crisis.

¹⁷ El lector de *El capital* debe sentirse sorprendido al encontrar en el mismo volumen dos capítulos titulados “tiempo de circulación” (capítulo 5) y “tiempo de circulación” (capítulo 15). El hecho de que dos capítulos en el mismo libro tengan el mismo título sólo puede explicarse por el carácter incompleto de los manuscritos que se utilizaron para la edición definitiva del segundo libro.

¹⁸ Los interesados en este tema pueden consultar el libro de Roman Rosdolsky (1978) sobre la génesis de *El capital*. Contiene una interesante exposición y crítica de las posiciones de los austro-marxistas (especialmente Bauer, Eckstein, Hilferding y Kautsky) sobre esta cuestión. Rosdolsky no se limita a una denuncia de la inmediata y, a todas luces, demasiado evidentes motivaciones políticas de tales posiciones: si no

Los análisis marxianos sobre la reproducción han sido mucho mejor entendidos, perfeccionados y aplicados por autores contemporáneos a la hora de explicar varios fenómenos. Así, Ernst Mandel (1972) introduce un tercer sector –el de los “medios de destrucción”– para mostrar el importante y específico papel económico de la producción de armamento en el proceso de la reproducción del capital desde 1940. Por su parte, el punto de partida de la escuela de la regulación es una interpretación precisa de los esquemas de reproducción de Marx. Alain Lipietz resume los aspectos más importantes en pocas líneas:

En términos matemáticos, un régimen de acumulación puede ser descrito como un esquema de reproducción... Por supuesto no hay ninguna razón por la cual todos los capitales individuales deban venir juntos pacíficamente dentro de un esquema coherente de reproducción. El régimen de acumulación, por lo tanto, debe materializarse en la forma de normas, costumbres, leyes y regulación de redes que garanticen la unidad del proceso y para garantizar que sus agentes más o menos conforme al esquema de reproducción en el día a día de sus comportamientos y luchas (tanto la lucha económica entre capitalistas y asalariados, y que entre las capitales).

El conjunto de reglas y procedimientos sociales interiorizados que incorporan elementos sociales en el comportamiento del individuo (y uno podría ser capaz de movilizar el concepto de Bourdieu de *habitus* aquí) se conoce como *modo de regulación* (Lipietz 1987: 14-15).

EL CONCEPTO DE TIEMPO ORGÁNICO

Saltando cientos de páginas se alcanza el concepto de tiempo orgánico que aparece en el libro III de *El capital*. Una vez tratadas las categorías intermedias, cabe asumir el riesgo de no seguir el orden lógico de los pasos adoptados por Marx, máxime si tenemos en cuenta que este libro III es radicalmente incompleto y su resolución viene formulada por Engels a partir de manuscritos no siempre muy elaborados. El tiempo de circulación del capital se une con las temporalidades antes indicadas. El tiempo de realización, la distribución del tiempo, el tiempo de producción, el periodo de trabajo, el capital fijo y el capital circulante, son las principales categorías de este tiempo cíclico, periódico y repetitivo. Dicho tiempo se sitúa en un nivel de abstracción inferior al de la

hay crisis, no hay revoluciones. A fin de cuentas, el imaginario económico del reformismo político y la *real politik* forman una pareja feliz. Rosdolsky considera que estas posiciones son, en parte, resultado de la incapacidad de comprender el método dialéctico de Marx.

producción. Aparece el capital como sujeto; la mercancía, el dinero y la unidad productiva como sus elementos orgánicos, como los momentos de una unidad indivisible. Como decíamos, el tiempo de producción no está ausente de esta imagen. Los ciclos del capital, tal como se presentan, no ignoran el plusvalor, o la conservación y la multiplicación del valor gracias al trabajo, o al capital constante y variable. Esta es la razón por la que el tiempo cíclico es ya un tiempo orgánico. Sin embargo, las categorías del tiempo de valorización, ya vertidas en el libro II de *El capital*, aparecen en la parte menos clara de esta etapa. El trabajador y el capitalista permanecen a la sombra del comprador y del vendedor, y el tiempo de la explotación permanece detrás del tiempo de realización.

En gran medida, todo el movimiento conceptual que despliega Marx es necesariamente cíclico: si el capitalismo es una construcción lógica, y si esta construcción lógica se manifiesta en el movimiento de la eliminación de la contradicción, entonces le es natural regresar a su punto de partida, con lo que dicha construcción acaba incluyendo las etapas que ha atravesado. Para Marx, esta orientación teleológica no se aplica únicamente al dominio intelectual: el movimiento dialéctico de la eliminación de la contradicción y el creciente y progresivo (pero no lineal) acceso a la verdad contiene también una orientación política.

El desarrollo de la ciencia y la tecnología agudiza crecientemente la contradicción entre “tiempo disponible” y “tiempo de plustrabajo”, y establece un límite máximo para el modo capitalista de producción:

Cuanto más se desarrolla esta contradicción, tanto más evidente se hace que el crecimiento de las fuerzas productivas ya no puede estar ligado a la apropiación de *surplus labour* [plustrabajo] ajeno, sino que la masa obrera misma debe apropiarse de su plustrabajo. Una vez que lo haga –y con ello el *disposable time* [tiempo disponible] cesará de tener una existencia antitética–, por una parte el tiempo de trabajo necesario encontrará su medida en las necesidades del individuo social y por otra el desarrollo de la fuerza productiva social será tan rápido que, aunque ahora la producción se calcula en función de la riqueza común, crecerá el *disposable time* de todos. Ya que la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos. Ya no es entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo, la medida de la riqueza, sino el *disposable time* (Marx 1978, vol. 2: 232).

Dicha contradicción se debe a que el proceso de circulación, al igual que el proceso de producción, ya constituía la “totalidad” de la producción capitalista. En el capítulo del libro III de *El capital*, titulado “El proceso global de la producción capitalista”, se considera en realidad un mayor grado de unidad entre ambos procesos, con la reaparición en la parte delantera del escenario, de la relación de explotación, así como el momento de la producción junto a la relación de intercambio y el tiempo circular. Es, pues, en el tercer acto donde todos los actores están en el escenario al mismo tiempo. Explotadores y explotados, vendedores y compradores aparecen juntos tal y como sucede en la realidad aparente. El libro III es pues un análisis del proceso como un todo que constituye la unidad del tiempo de producción y el tiempo de circulación; el análisis de las formas concretas, tal como aparecen en la superficie de la sociedad –que su simultaneidad e interpenetración permiten–, y al mismo tiempo se trata de una crítica de la representación que esta simultaneidad e interpenetración generan.

Se trata de un proceso en el sentido más completo del término: el capital produce su contenido concreto, entra en conflicto y eventualmente concluye su acuerdo con los aspectos que le son precisos y le constituyen. Lo que algunos analistas denominan “regulación” es la mediación entre las leyes abstractas del capital y su manifestación histórica particular. El capital no se ajusta a una realidad histórica exterior a él, sino a una realidad que constituye uno de sus aspectos. De esta manera, la totalidad de las determinaciones queda a la vez ajustada y abierta; y los momentos históricos particulares que se siguen unos a otros, ubicados dentro de esta totalidad, le deben su inteligibilidad.

LA TENDENCIA DECRECIENTE DE LA TASA DE GANANCIA

Uno de los aspectos más destacables que nos permite aprehender esta concepción orgánica del tiempo es el carácter no absoluto de las leyes que aborda Marx. Un ejemplo, múltiples veces convocado, es la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, cuya definición se basa en una idea muy sencilla. Dada una tasa de explotación, todo aumento en la productividad social del trabajo mediante el incremento de la composición orgánica del capital (cociente entre capital fijo y capital variable), da como resultado la reducción de la tasa de ganancia. Puesto que el avance técnico –o el crecimiento permanente del valor de los medios de producción administrados por la misma cantidad de trabajo– es inherente al modo capitalista de producción, la caída periódica de la tasa de ganancia resultaría inevitable.

Sin embargo, para Marx esta ley no tiene un carácter absoluto. El movimiento de la producción capitalista no conduce espontáneamente a una caída progresiva e irreversible de la tasa de ganancia, incluso si se considera que la tendencia decreciente es cada vez más acentuada. Más bien, es la reducción de la tasa de ganancia lo que parece generar las condiciones que le permiten comenzar a elevarse de nuevo. En otras palabras, es la propia ley la que produce las fuerzas que la contradicen, de ahí la curiosa combinación de las categorías de “ley” y “tendencia”, algo posible por cuanto decíamos al principio: estamos en un terreno dialéctico y por ello hablamos de una ley que se contradice sin perder por ello su condición de ley. El aumento en el nivel de explotación de la fuerza de trabajo, sea cual fuere su causa, constituye un factor que ralentiza o neutraliza, durante períodos más o menos largos, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. El capital constante sólo aumenta más rápidamente que el capital variable si ello permite al empresario obtener un exceso de beneficios o apropiarse de un plusvalor “extra”. Así, el mecanismo del plusvalor relativo está activado, de modo que los tiempos constitutivos de la jornada laboral puedan modificarse en favor del capital. Hay varias posibilidades para ello:

- (1) El aumento de la productividad de la mano de obra en los sectores productores de capital constante conduce periódicamente a la depreciación del capital constante empleado, reduce la composición orgánica del capital y supone un factor adicional para contrarrestar la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.
- (2) El despido de trabajadores en sectores de alta productividad, y la situación social en que se encuentran estos trabajadores despedidos, a menudo implica la creación de nuevas industrias en las que la tasa de explotación es alta y predomina el trabajo vivo.
- (3) El comercio exterior o el intercambio desigual pueden constituir un factor para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Los capitales de los países avanzados en y activos en el comercio exterior venden sus productos a un precio superior a su precio de producción, mientras que, al mismo tiempo adquieren productos extranjeros que son baratos debido a lo bajo de los salarios. Si el mercado mundial es la condición previa del desarrollo capitalista, es también su producto.

Hay además que tener en cuenta que las tendencias contradictorias aparecen en los escritos de Marx inicialmente como elementos que explican la lentitud con la cual decrece la tasa de ganancia. Además, la tendencia de la tasa de ganancia y las tendencias compensatorias que la acompañan no siempre actúan

simultáneamente ni en el espacio ni en el tiempo, de manera tal que se neutralizan mutuamente. El movimiento cíclico de la economía constituye la prueba empírica del decrecimiento de la tasa de ganancia tanto como las tendencias compensatorias inherentes a ella. Parece pues obvio que la reversibilidad de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no es la prueba de su inexistencia ni la imposibilidad de verificarla empíricamente.

En conclusión, el desarrollo de las fuerzas productivas conduce periódicamente a un ahorro de tiempo de trabajo que el modo de producción capitalista no puede gestionar sin alteraciones. Este ahorro de tiempo de trabajo es tan sólo un “sub-producto” del proceso de valorización del valor y el aumento en el tiempo de plustrabajo que son inmanentes a él, pero conduce a un epifenómeno inquietante para el capital. La caída de la tasa de ganancia y la crisis resultante proceden, pues, del conflicto entre el tiempo de trabajo y el tiempo de plustrabajo.

CRISIS PERIÓDICAS Y ESTRUCTURALES

La cuestión de la crisis económica supone un punto particularmente difícil en el análisis de *El capital* y sus borradores, y al igual que la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, sólo puede comprenderse bajo la consideración orgánica del tiempo. Después de todo, el estallido de la crisis de 1857-58 –quizá la primera crisis económica mundial que afecta a todas las regiones del mundo de modo que parecían de una u otra manera ya integradas en, o al menos conectadas al, mercado mundial– fue lo que impulsó a Marx a iniciar los *Grundrisse*. A diferencia de otros pensadores de su época, podemos encontrar en *El capital* no tanto una teoría acabada y articulada, sino más bien una concepción multidimensional de las crisis económicas y su lugar en el modo de producción capitalista. Marx identifica hasta seis determinaciones de crisis económica. Dos son las posibilidades formales de crisis inherente que conforman las condiciones propicias: en el intercambio de productos agrícolas y el sistema de crédito moderno capitalista, a lo que se unen las condiciones de intercambio entre los dos apartados productivos principales necesarios para la reproducción del sistema. Un segundo par proviene de la interacción entre las fluctuaciones en las tasas de salarios y en el tamaño del ejército de reserva industrial y la rotación de capital fijo, que se perciben como factores condicionantes. Por último, la interacción entre la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y el ciclo de pánico en los mercados financieros, constituyen los mecanismos causales decisivos en el funcionamiento de las crisis económicas (Callinicos 2014: cap. 6).

Las crisis son el momento en el cual un pecado muy particular se manifiesta de forma violenta; el pecado en cuestión no consiste en haber producido muy pocos valores de uso, sino demasiados valores de uso para que pudieran realizarse según su valor de cambio y según la tasa esperada de beneficios. Como Marx apunta, “el conflicto entre las fuerzas impulsoras antagónicas se desahoga periódicamente mediante crisis. Estas siempre son soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado” (Marx y Engels 1976: 320). Tales “contradicciones” no son las del capital, pero sí las del capitalismo entendido como una organización específica del tiempo:

El verdadero límite de la producción capitalista lo es *el propio capital*, es este: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, como motivo y objetivo de la producción; que la producción solo es producción para el *capital*, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la *sociedad* de los productores. Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización del valor de capital, los que se basan en la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como fin en sí mismo, hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales del trabajo (Marx y Engels 1976: 321).

Marx no dedica una determinada sección o capítulo de *El capital* a la cuestión de las crisis, es decir que no se aborda sistemáticamente. Y sin embargo, las crisis – entendidas ante todo como una posibilidad – están explícitamente presente a lo largo de los tres volúmenes. En un famoso pasaje, el propio Marx concreta y resume el origen de esta posibilidad.

Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. Divergen no solo en cuanto a tiempo y lugar, sino también conceptualmente. Unas solo están limitadas por la fuerza productiva de la sociedad, mientras que las otras solo lo están por la proporcionalidad entre los diversos ramos de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta capacidad no está determinada por la fuerza absoluta de producción ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones antagónicas de distribución (Marx y Engels 1976: 313).

La posibilidad de que las crisis ocurran, por lo tanto, nace de la íntima articulación entre el proceso de producción del capital y el proceso de circulación. Al mismo tiempo ambos están orgánicamente vinculados y dependen de circunstancias heterogéneas. Cada crisis –periódica o estructural– se deriva de esta unidad contradictoria, de la unidad y la separación de ambos procesos, en especial cuando la separación se hace relativamente predominante.

Los diferentes fenómenos se agrupan por lo común bajo el título de “crisis”: las crisis periódicas vinculadas al ciclo industrial, que son por tanto “normales”, necesarias e inevitables como momentos de la producción capitalista; y las crisis estructurales que son anormales o extraordinarias y que no pueden ser superadas por el espontáneo desenvolvimiento de los mecanismos endógenos del sistema. Marx sólo analizó las primeras.

Como indicábamos antes, en Marx, la producción capitalista tiene un carácter cíclico. Las fases de aceleración se alternan con las fases de ralentización de la actividad económica. La etapa expansiva “prepara” la fase de estancamiento y viceversa. Sin embargo, esta temporalidad cíclica y repetitiva no es única. La evolución del capital a largo plazo se produce de dos maneras: se reproduce de ciclo a ciclo, mientras que al mismo tiempo envejece. Las crisis periódicas, en el curso del tiempo histórico, tienden a empeorar, lo cual no permite desarrollar infinitamente las fuerzas productivas dentro del estrecho marco de las relaciones sociales capitalistas. Este sería el modelo simple que siguió ciegamente la I Internacional. No obstante, la historia del capitalismo, en particular la historia de sus crisis, significa que no podemos conformarnos con el modelo simple propuesto por Marx. Cada crisis estructural superada ha inaugurado una etapa particular en la historia económica, la reanudación de la actividad económica en un nuevo entorno económico, social y político. El capitalismo tardío, en una situación de crisis estructural, ha sobrevivido –hablando históricamente– y ha encontrado una nueva vitalidad. En todo caso, a pesar de la reproducción periódica de capital y las fluctuaciones de la tasa de ganancia, el capitalismo no envejece de una manera lineal y progresiva, como Marx supuso que lo haría. El vínculo entre el marco conceptual de la totalidad y del tiempo histórico, tal como Marx lo presentó, debe contemplarse a la luz de la evolución histórica real.

Durante el período de la posguerra, hubo una notable aceleración de la realización del capital fijo. Mandel (1972) llamó la atención sobre este hecho en su libro sobre el *capitalismo tardío*. Como señaló mucho más tarde, su análisis se confirmó por publicaciones posteriores. La duración media del ciclo industrial – que era de ocho a nueve años en el caso de los trece ciclos desde 1825 a 1939– se

había reducido enormemente: durante el período de la posguerra, Mandel habla de una duración media de cuatro a cinco años. Notemos, de paso, que el propio Marx creía no sólo que la duración del ciclo era variable, sino también que esta duración se irá reduciendo poco a poco.

Marx, prefiere hablar de una tendencia decreciente de la tasa de ganancia en lugar de una tendencia creciente de la tasa de ganancia porque considera que la tendencia a largo plazo sería decreciente, con independencia de la evolución de la tasa de ganancia de un ciclo a otro. Estamos tratando aquí con el conflicto entre las “fuerzas productivas” y las “relaciones capitalistas de producción”, que no sólo es periódica y superable, sino que también se hace más aguda y amenazadora. Este determinismo estricto en el origen de la progresiva profundización de las crisis ha sido a menudo mal interpretado. Dado que las crisis son cada vez más agudas, el desarrollo de las fuerzas productivas (“el progreso”) conduciría con el mismo determinismo a la trascendencia del modo actual de producción. Sólo haría falta esperar; bastaría con que pasara el tiempo y el “progreso” lograría completar lo que empezó.

Pero las transformaciones históricas no están tan determinadas. Cada vez que Marx habla del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, introduce el factor político en el análisis. El principal argumento que aparece en el libro III de *El capital* es el siguiente: las leyes inmanentes de la producción capitalista conducen a la concentración capitalista, lo cual no lleva que espontáneamente a una reducción de la miseria, la opresión y la explotación de la clase obrera. Al mismo tiempo, el movimiento de la producción capitalista da lugar a la rebelión de la clase obrera, esa clase que aumenta constantemente, y que sido constituida, unida y organizada por el propio mecanismo del proceso capitalista de producción.

Pero no es sino con la introducción de *la maquinaria* que el obrero combate contra el medio de trabajo mismo, contra el *modo material de existencia del capital*. Su revuelta se dirige contra esa forma determinada del *medio de producción* en cuanto fundamento material del *modo de producción capitalista* (Marx 1975; 521).

Este conflicto que cada vez se torna más agudo, conlleva los términos de su propia superación, no tanto por el desarrollo de las fuerzas productivas, sino porque este mismo desarrollo es cada vez más insoportable para el sujeto que se supone va a crecer cada vez más fuerte, más consciente y más organizado.

De todos modos, frente a una teoría marxiana no acabada, las periodizaciones propuestas por muchos analistas contemporáneos no difieren (o sólo lo hacen ligeramente) de la periodización basada en el movimiento de los precios. Sin embargo, los precios no son un criterio particularmente fiable, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. Mandel (1986) ha presentado las estadísticas a partir de dos criterios nuevos y más interesantes: las fluctuaciones de la producción industrial y las fluctuaciones del comercio mundial. La etapa B del tercer ciclo finaliza en 1939-45. Una etapa del cuarto ciclo alcanza sus límites al final de la década de 1960, el momento en que comienza la actual crisis estructural. Por otra parte, Paul Boccara (1973) ha reunido estadísticas sobre la relación capital fijo/producción. Dichas estadísticas pretenden mostrar que la composición orgánica del capital es, en los casos examinados, superior durante el estancamiento que durante las ondas expansivas.

Durante las crisis estructurales se activan una serie de mecanismos endógenos tendentes a suscitar un nuevo período largo de crecimiento: el progreso tecnológico, la organización más eficiente del trabajo, el aumento potencial de la tasa de plusvalor, las sucesivas amortizaciones de capital durante la crisis cíclicas ocurridas durante la fase de estancamiento, la concentración del capital, la creación de nuevas empresas, nuevos productos y nuevas necesidades, etcétera. Sin embargo, ¿pueden estos mecanismos explicar por sí mismos la reversión de la fase de estancamiento como los análisis de Kondratieff sugieren?¹⁹ No parece ser así por dos razones principales.

En primer lugar, este tipo de análisis subestima la autonomía relativa de la dinámica de cambio institucional durante las crisis estructurales, una dinámica que no es necesariamente coherente con la transformación de las fuerzas productivas. Marx otorga una enorme importancia a las instituciones a través de la relación entre el derecho y la tasa de explotación. Un trastorno en las fuerzas productivas, capaz de explicar, una vez superada la crisis, un período largo y (relativamente) un crecimiento regular, presupone una adecuada modificación del marco institucional, de las “reglas del juego” tanto a nivel nacional como internacional. Sin embargo, nada garantiza *a priori* la coherencia entre estos dos tipos de cambio (en las fuerzas productivas y las instituciones). El cambio es solamente el fruto, el resultado histórico y el enfrentamiento de proyectos contradictorios, de luchas entre clases sociales y naciones.

¹⁹ Sobre el debate alrededor del trabajo de Kondratiev, véase George Garvy (1979).

En segundo lugar, este tipo de análisis presupone una sincronización casi absoluta de la situación económica y la lucha de clases. Se censura la historia sólo por examinar sus aspectos estrictamente económicos. Sin embargo, la realidad histórica es, sin duda, mucho más compleja y en absoluto puede reducirse a una serie de “regularidades económicas”. A su vez, no puede considerarse el conflicto social como una función matemática del peso numérico de la clase obrera de acuerdo a periódicas subidas del desempleo y la contracción del empleo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El capitalismo como “idea” es la correspondencia de una organización lógica del tiempo –que debe sus propios criterios inmanentes– con el tiempo histórico. Esta correspondencia presupone una relación permanente de tensión y de conflicto, una relación a veces oculta y en ocasiones de una contradicción evidente. Las crisis, especialmente las crisis estructurales, son momentos de violentos enfrentamientos entre fuerzas antagónicas que abren varias posibilidades, entre las que destaca la de una nueva “paz” entre el lado “subjetivo” y el lado “objetivo” del capital. Esta es la razón por la que el capitalismo es un sistema coherente de determinaciones, al mismo tiempo consumado y abierto, dinámico y en movimiento. Ese acuerdo, del que hemos hablado, es lo que eventualmente se puede llamar “regulación”.

Uno de los méritos de los althusserianos consiste en indagar en el trabajo de Marx, sobre todo en *El capital*, las leyes generales de la producción capitalista debido a su estructura conceptual. Sin embargo, al censurar las contradicciones estructurales, han terminado mostrando una visión estática y ahistórica del capitalismo. Uno de los méritos de la escuela de la regulación ha consistido en reintroducir la contradicción y, por consiguiente, la historia en el análisis del modo de producción capitalista. Sin embargo, al insistir en lo que cambia, se tiende a olvidar lo que permanece; en concreto, la relación entre el valor/capital y el modo de regulación sufre una gran indeterminación y está envuelta en una creciente ambigüedad, hasta el punto que la referencia de sus análisis respecto a Marx es cada vez más distante.

Hegel escribía que “[e]l concepto general de tiempo es un concepto abstracto que supone una ampliación de los conceptos de duración y de relación temporal: engloba todas las duraciones y todas las relaciones temporales. El tiempo abstracto tiene un cierto carácter de totalidad, ya que la mente sitúa en relación con él todos los sucesos, tanto los pasados como los presentes y los futuros” (Hegel 1984: 194). En la reformulación de las categorías filosóficas marxianas que

plantea Alfred Sohn-Rethel, anota las características de este tiempo abstracto:

El tiempo y el espacio se vuelven abstractos bajo el impacto del intercambio de mercancías, caracterizándose por su homogeneidad, continuidad y carencia de todo contenido natural y material, visible e invisible (por ejemplo, el aire). La abstracción del intercambio excluye todo lo que tenga que ver con la historia, con la historia humana e incluso natural. Desaparece la realidad empírica de los hechos, acontecimientos y descripciones por las que un instante de tiempo y un punto en el espacio se distinguen entre sí. De esa manera, el tiempo y el espacio asumen el carácter de universalidad y de absoluta carencia de temporalidad histórica, atributos que deben señalar la abstracción del intercambio como un todo así como cada una de sus partes (Sohn-Rethel 2017: 51).

Cuando el tiempo está definido de esta manera, se convierte en un concepto, la producción de realidades efímeras y limitadas, su negación y destrucción, y la negación de esta negación. El tiempo es la temporalidad de estas realidades y también se convierte en atemporal o, si preferimos, en un proceso que no se halla “en proceso de”. Para Marx el capital es una relación existente (sujeto) que a la vez piensa el objeto y se descubre a sí mismo como su propio objeto. Es una lógica y organización del tiempo histórico; el capital es la lógica de la historia y la historia concreta de una lógica: el momento económico del capitalismo.

Pero lo importante de su horror a la tasa decreciente de ganancia es la sensación de que el modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera que nada tiene que ver con la producción de la riqueza en cuanto tal; y esta barrera peculiar atestigua la limitación y el carácter solamente histórico y transitorio del modo capitalista de producción; atestigua que este no es un modo de producción absoluto para la producción de la riqueza, sino que, por el contrario, llegado a cierta etapa, entra en conflicto con el desarrollo ulterior de esa riqueza.” (Marx y Engels 1976: 310).

El enfoque reflexivo e históricamente específico que ofrece Marx, medido en las diferentes categorías del tiempo, pone en el centro de sus investigaciones la crítica de las teorías que establecen de manera trascendente lo que está históricamente determinado. Pero una vez que descubre el núcleo inmanente e históricamente específico del capitalismo, Marx tiene que explicar por qué esta

determinación histórica no es evidente, sino que por el contrario las estructuras sociales específicas del capitalismo aparecen de modo “fetichizado”, es decir, parecen resultar “objetivas” y trascendentales, especialmente todo aquello que se ve afectado por la temporalidad (trabajo, capital...). Sin embargo, la manera marxiana de enfocar la realidad histórica se puede entender como una respuesta a la pregunta: ¿cómo ha de ser la realidad existencial de la sociedad para necesitar esa forma de conciencia mistificada? Con ello se logra una crítica al capitalismo mucho más profunda de la conocida hasta entonces y que sigue siendo esencial para nuestra comprensión contemporánea. La crítica merece ese carácter también en sentido lógico e histórico, puesto que examina el capitalismo en sus formas elementales, aquellas que sostienen el sistema colectivo de referencias históricas. Cabe por último recordar que este nivel de la crítica marxiana al capitalismo no es sólo válido para un determinado nivel de desarrollo o de un cierto contexto, sino que afecta a la esencia de la cuestión: al no remitirse a cualidades negativas o a fallos e imperfecciones (al alcance de una corrección inmanente), este nivel es categórico o categorial, o sea, que rechaza las tipologías ontológicas básicas del capitalismo. Y en última instancia, porque lejos del determinismo, economicista u otro, con que se ha marcado al marxismo, su compleja y múltiple concepción dialéctica del tiempo nos deja ver que a pesar de las apariencias, la historia del capitalismo carece por entero de algo así como un destino manifiesto.

BIBLIOGRAFIA

- ATTALI, J. (1982) : *Histoires du temps*. París: Fayard.
- BALIBAR, E. (2000): *Filosofía de Marx*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BOCCARA, P (1973): *Études sur le capitalisme monopoliste d’Etat, sa Crise et son Issue*. París: Editions Sociales.
- CALLINICOS, A. (2014): *Deciphering capital. Marx’s Capital and its destiny*. Londres: Bookmarks Publications.
- CORIAT, B. (1996): *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*. Madrid: Siglo XXI.
- (2013): *El taller y el robot: Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era electrónica*. Madrid: Siglo XXI.
- (2015): *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la población en masa*. Madrid: Siglo XXI.

- GARVY, G. (1979): "La teoría de los ciclos largos de Kondrátiev" en VV.AA: *Los ciclos económicos largos ¿una explicación de la crisis?* Madrid: Akal.
- HEGEL, G. W. F. (1984): *Filosofía de la naturaleza*. Pamplona: Eunsá.
- KURZ, R. (2001): *Marx Lesen*. Frankfurt am Main: Eichborn. [Hay versión en castellano, <https://www.rebellion.org/hemeroteca/izquierda/kurz290602.htm>].
- LIPIETZ, A. (1987): *Mirages and Miracles: The Crisis in Global Fordism*. Londres: Verso.
- LUKÁCS, G. (1970): *Historia y conciencia de clase*. La Habana: Instituto del libro.
- MANDEL, Ernst (1972): *El capitalismo tardío*. México: Era.
- (1986): *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- MARX, K. (1975): *El capital. Libro I. El proceso de producción del capital*. 3 vols. Traducción de Pedro Scaron. México: Siglo XXI Editores.
- (1976): *El capital. Libro II. El proceso de circulación del capital*. 2 vols. Traducción de Pedro Scaron. México: Siglo XXI Editores.
- (1978): *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. 3 vols. Traducción de Pedro Scaron. México: Siglo XXI Editores.
- (1989): *Contribución a la crítica de la economía política*. Moscú: Progreso.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1976): *El capital. Libro III. El proceso global de la producción capitalista*. Traducción de Pedro Scaron. México: Siglo XXI Editores.
- POSTONE, M. (2006): *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Pons editor.
- RANCIERE, J. (1973): *Lire le Capital III*. París: Petite Collection Maspero.
- ROSDOLSKY, R. (1978): *Génesis y estructura de El Capital de Marx*. México: Siglo XXI Editores.
- SOHN-RETHEL, A. (2017): *Trabajo intelectual y trabajo manual. Una crítica de la epistemología*. Madrid: Dado Ediciones.
- TOMBAZOS, S. (1994): *Le temps dans l'analyse économique. Les catégories du temps dans le Capital*. París: Ed. Societe des saisons.

Recibido: 31 de octubre de 2017

Aceptado: 7 de febrero de 2018

Mario Domínguez Sánchez-Pinilla es profesor titular de teoría sociológica en la Universidad Complutense de Madrid, doctor en Sociología y licenciado en Sociología, Ciencias Políticas e Historia contemporánea por la misma Universidad. mariodos@cps.ucm.es